

La Ilustración Artística

AÑO XXV

BARCELONA 18 DE JUNIO DE 1906

NÚM. 1.277

Exposición General de Bellas Artes. (Madrid. 1906.)



Mis amigos, cuadro de José M.ª López Mezquita, premiado con primera medalla



La Juma, la Rifa y sus amigas, cuadro de Eugenio Hermoso, premiado con segunda medalla

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el segundo tomo de la serie de 1906, que es EN EL CORAZÓN DE ASIA. A TRAVÉS DEL TIBET, por Sven V. Hedin, traducida de la edición sueca por Pelayo Vizuete, ilustrada con profusión de grabados.



Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *La guitarra de San Juan*, por Alfonso Pérez Nieva. — *Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1906. Sección de Pintura*, por Manuel Carretero. — *Madrid. La batalla de flores*. — *París. El monumento á Corneille*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *En la paz de los campos*, novela ilustrada (continuación). — *El Orfeón Donostiarra*. — *D. Casimiro Prieto y Valdés*, por Justo Solsona. — Libros enviados á esta Redacción.

Grabados.—*Mis amigos*, cuadro de José M.^a López Mezquita. — *La Juma, la Rifa y sus amigas*, cuadro de Eugenio Hermoso. — Dibujo que ilustra el artículo *La guitarra de San Juan*. — *In extremis*, escultura de José Campeny. — *Cosquillas*, escultura de Cipriano Folgueras. — *El ángel del Silencio*. — *Militia*, esculturas de Luis Perinat. — *El gorrión*, escultura de Aurelio Carretero. — *Los humildes, los castos*, bajo relieve de P. Gargallo. — *Los héroes*, escultura de González Pola. — *Esclavos*, escultura de Miguel Oslé. — *La ex emperatriz Eugenia saliendo del Observatorio del Vesubio*. — *S. M. la reina Victoria en el tiro de pichón en Madrid*. — *Batalla de flores en el Retiro de Madrid*. — Algunas carrozas y carruajes que figuraron en la batalla de flores de Madrid. — *Hércules luchando con la Muerte, que quiere arrebatarse el cadáver de Alceste*, cuadro de lord Federico Leighton. — *Monumento á Corneille en París*. — *Medalla en conmemoración de haber alcanzado la cifra de un millón de habitantes la ciudad de Buenos Aires*. — *D. Secundino Esnaola*. — *San Sebastián. Aspecto del puente de María Cristina al paso del Orfeón Donostiarra á su llegada de París*. — *D. Casimiro Prieto y Valdés*. — *Nuevo aeroplano Bleriot*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Esta quincena, la crónica tiene plétora de material y no caben en sus límites ni largas descripciones, ni las reflexiones que, por otra parte, cualquiera puede hacer sin gran esfuerzo, acerca del suceso horripilante que, aun siendo menos de lo que pudo ser—y no fué poco—dió fin moralmente á las fiestas.

Porque no puede negarse que éstas acabaron, como quien dice, en punta. Desde que la alegre mojiganga de flores, luces y colgaduras fué interrumpida por breve escena trágica, quedó la apariencia de los festejos, no suprimidos en atención á determinadas consideraciones, pero ya envueltos en crespón de tristezas y temores, de augurios fatídicos y encogimientos del ánimo, como un hermoso día que de repente encapotan nubes y enfrían turbiones de lluvia.

En dos números tan apetecidos como la corrida regia y la función de gala en el teatro Real, podían observarse síntomas de desanimación y desmayo: de los toros se retiraron temprano, después de una ojeada al espectáculo y al vistoso desfile, muchas mantillas blancas; en el teatro Real había claros numerosos en las butacas, vacíos en el paraíso. La gente tenía miedo, un miedo cervical. En los toros, en el famoso tendido 9, todo de mantillas y damas, corrió un estremecimiento al divisar, encima del tejado del palco regio, el bulto de un hombre agazapado, destacándose sobre el cielo azul. Algunas se levantaron; otras, aterradas, gritaron á los guardias la noticia. Y los guardias se rieron; porque era uno de ellos, ó siquiera un policía, el que desde lo más encumbrado de la plaza atalayaba por la seguridad de los reyes y de la concurrencia.

Precauciones por todas partes; recelos, desconfianzas, alarmismo; el retraimiento hasta de lo más agradable, y el vago terror desazonándolo todo, no son salsa á propósito para unas fiestas. Bastantes personas de las que tenían encargado que les adornasen sus coches, han retirado el encargo—según me dicen los artistas valencianos que debían engalanarlos—y han preferido pagar y no asistir á la batalla. Sin duda por asociación de ideas, las flores asustan ahora especialmente. La lluvia vino á retrasar este número dos días, y en consecuencia, á deslucirlo, pero ya lo había deslucido de antemano el frío pavor, la desazón misteriosa, la mano escribiendo en la pared sentencias y amenazas horribles.

Y yo creo que ahora es cuando, por algún tiempo, no se debe temer. Atentados como el de la calle Ma-

yor no son frecuentes. ¡No faltaba más! ¿Tan graves sucesos históricos á diario? Sería lo nunca visto. Siempre tendrá carácter excepcional el que salga del montón anónimo un individuo tan resuelto á sembrar la muerte y jugarse la vida con seguridad de perderla, y de perderla sin lograr siquiera el feroz intento, porque el caso frecuente en este género de atentados es que queden ilesas las altas personas contra quienes se dirige el golpe, y perezcan otras muchas señaladas por el caprichoso azar. Así ocurrió en el famosísimo atentado de Orsini contra Napoleón III, y así en el de Morral contra los regios novios.

En tiempo de Orsini—el cual pertenecía á la raza de los grandes criminales políticos, y tenía la constancia y la energía de un Marco Bruto—los anarquistas se llamaban *andrquicos*, y estos *anárquicos* eran patriotas. Un móvil patriótico guió la mano de Orsini, que creía con sus bombas infernales asegurar la libertad é independencia de Italia. En la actual evolución del anarquismo, se ignora qué resultado persiguen los que esparcen en el aire destrucción y exterminio. Si desaparece un jefe del Estado, monarca ó presidente de República, otro ocupa su puesto, y la institución, lejos de sufrir quebranto, gana simpatías y adhesiones. Recuérdense, para probarlo, los casos de Carnot, Mac Kinley, el penúltimo rey de Italia, el tsar *libertador*, etc. Ignoro qué fin persiguen los lanzadores de bombas, y se me figura que ó no hay lógica ni razón en el mundo, ó este género de atentados, á pesar de alarmantes apariencias, irá en disminución, rebajándose la fiebre que á ellos impulsa. Si es cierto que la sociedad está mal organizada, no es así como se reorganizará.

Se ha acusado de negligencia á las autoridades y á la policía. Estas censuras ya se elevaron, y con mejor fundamento, cuando la mano de Angiolillo cortó la vida gloriosa de Cánovas. Aquel fué un caso de ceguera policiaca, mucho mayor que la de ahora, porque en Santa Agueda la vigilancia era facilísima y en Madrid, el 31 de mayo, la dificultaba la enorme afluencia de forasteros. Donde empieza á señalarse el descuido y el embotamiento del olfato, es después de cometido el crimen. Morral no tenía cómplices en Madrid, y si los tenía, no podían albergarle y esconderle, como se ha visto. A un hombre sin refugio, precisado á buscar un encubridor de ocasión, y á quien este encubridor de ocasión tampoco puede ni disfrazar ni ocultar en escondrijo seguro, sino que se ve obligado á pasearle por sitios públicos, corriendo por tranvías, merenderos y ventorros, no se concibe cómo no le echaron la zarpa veinte veces, antes de que emprendiese su odisea hacia Torrejón de Ardoz, y la sagacidad de la ventera de los Jaraices y la codicia del guarda jurado ventearan en él al anarquista. Yo nombraría jefa de la policía de Madrid á esa ventera, única que ha demostrado poseer el don peculiar de que habla Macé, el *flair* policiaco.

Debe de ser interesante la organización de la policía; lo que pasa es que probablemente (hablo sin datos) debe de componerse de gente nada experta en psicología, y muy poco conocedora de la vida en sociedad (no me refiero á la sociedad elegante, sino á las múltiples capas y estratos diversos de que la sociedad se forma). La policía no ha de empezar á desplegar sus actividades al día siguiente de un crimen, sino antes, en previsión de que se cometa. Y según voz general, este de la calle Mayor estaba tan anunciado como puede estarlo un eclipse. Afirmo la prensa y se oye decir por todas partes que numerosos avisos anónimos habían sido dirigidos á elevados personajes, y que en alguno de estos avisos se señalaba hasta el lugar donde se lanzaría la bomba. Parece increíble, porque ó estaba enterada mucha gente, y no se concibe entonces cómo no se hicieron indagaciones y se adoptaron precauciones á raja tabla, ó sólo lo sabían Morral y acaso dos ó tres cómplices, y entonces el interés de éstos era callarlo. A ser verdad que se anunció lo que sucedió en efecto, este es uno de los misterios más extraños del drama, en el cual la fatalidad y el destino, entre las sombras, urden su tela oscura, causando en el ánimo una impresión realmente honda y depresiva. De la bomba del 31 quedarán, además de las víctimas ensangrentadas, otras víctimas sin sangre, heridas de locura, de melancolía ó de terror para el resto de su existencia.

El contraste no pudo buscarlo más fuerte ningún autor dramaturgo. Yo no he visto, ni creo que se vea en ningún país de Europa, espectáculo tan espléndido y deslumbrante como el de la comitiva nupcial de los reyes de España. Cuanto se diga de la magnificencia de las carrozas, de la riqueza de los arneses y jaeces de los caballos, de la hermosura de estas nobles bestias, que orgullosas de su carga hacían ondular al gallardo compás de sus cabezas los solemnes penachos de plumas; cuanto se encarezca la suntuosidad de trajes, joyas, mantos, velos, sedas, rasos, encajes; el charro brillo de condecoraciones, bordados, galones y plumeros; la variedad de los extranjeros uniformes, el fausto de las antiguas libreas, de las viejas gualdrapas bordadas á realce de plata y oro sobre terciopelos, de los colores más delicados, naranja, carmesí, verde veronés, avellana; cuanto se diga del cuadro mágico que ofrecía la escalinata de San Jerónimo, cobijada por amplio tapiz con las armas españolas, guarnecida por inmensas canastillas de flores, flanqueada por dos tribunas llenas de señoras con trajes de colores claros; con la subida de las princesas que soltaban su cola de corte, que prolonga fantásticamente la figura y la dejaban arrastrar por los peldaños, á menos que la recogiese, como en las leyendas, un paje, á la moderna vestido; cuanto se pondere este conjunto lujoso, oriental, esta comitiva interminable de carrozas y carrozas, blasonadas, rehenchidas de brocatel, esa cordonería y bellotaje de seda, pintados sus paineles por grandes artistas, reluciente su charolado como si fuese esmalte, iluminado por un sol radioso, un sol de bodas, que arranca al oro destellos, fulguraciones á los brillantes, rielación de raso á las ancas de los trotones, y que cae á plomo sobre las cabezas de los soldados y del gentío, protegido por sombrillas de colorines y refrescado por abanicos chillones, como enormes abigarradas mariposas..., todo será inferior á la realidad admirable. Y gente hormigueando, en el último balcón, en las buhardillas, en las bocacalles; gente endomingada, curiosa, boquiabierta ante el lujo y el rumbo tradicionales de la corte española, ante el orden grave y escrupuloso, casi hierático, con que la ceremonia se desarrollaba, el único festejo en que se guardaban estrictamente la mesura y la solemnidad, el único que *resultaba* por completo, más allá de lo esperado y de lo que la imaginación sueña...

Una mano, un poco de metal, unos gramos de substancias químicas..., y en vez del aparato magnífico, la confusión, el estrago, el horror, gritos, llantos, impresiones, sangre, sangre á arroyos, una nota cromática que estremece, sobre las otras notas que embriagaban la vista... Los nobles caballos, llenos de ufanía momentos antes, reciben el proyectil destinado á sus reyes, y se retuercen agonizando en el suelo, que alfombran cadáveres; la real desposada baja de la carroza, reprimiendo las lágrimas, envuelta en los pliegues rígidos de su manto blanco bordado de plata y salpicado de sangre también. La comitiva solemne se ha roto un momento; pero ni aun así se impone la confusión. Los soldados, silenciosamente, sin vacilar un segundo, sin mirar á los que han caído, cubren otra vez la fila; reemplazan los vivos á las «bajas»; la disciplina restablece su imperio..., el orden se rehace, los reyes prosiguen su camino hacia Palacio... El acto de drama ha terminado, el telón baja. El epílogo ya lo conocemos: es la venta de los Jaraices, es la prisión de los sospechosos y encubridores de Madrid.

También esta es dramática hasta lo sumo. Yo no conozco ni de vista á Nakens; y es tanto lo que de él oigo hablar desde hace veinticuatro horas, que su figura casi hace olvidar la del autor del atentado. Para un novelista, para un aficionado á la psicología, nada más curioso que la diversidad de juicios acerca de un acto moral. Así como la acción de lanzar la bomba nadie dejó de reprobarla—al menos que yo sepa,—la actitud de Nakens es juzgada de mil modos, ya censurada, ya defendida con apasionamiento y vehemencia. Lo más exacto acaso que sobre este punto escuché, lo dijo un sabio antropólogo, afirmando que, en situaciones inesperadas y supremas de la vida, hay un primer movimiento del cual no se es dueño, y al cual se eslabonan ya inevitablemente los siguientes. Sobre este predicado está basada la tragedia griega.

EMILIA PARDO BAZÁN.



... lanzó la copla de ritual, que sonó como un lamento en la noche

LA GUITARRA DE SAN JUAN

I

Dentro de una hora escasa, al fin de aquel camino vecinal que culebreaba entre cercas de prados y que flanqueaban de trecho en trecho como mojones naturales los ariscos cabrahigos, de que se acabara la humilde ruta obstruida de pedruscos por el olvido y el abandono, y en los que se destrozaban ruedas y pezuñas los carromatos y caballerizas á quienes la dura necesidad obligaba á enderezarse por semejante tránsito, surgiría difuminada en la noche, pero visible al resplandor de las estrellas, la torre de la iglesia, ese simpático y cariñoso campanario que empinándose sobre sus cimientos y como si poseyera un corazón, parece el destinado en todos los pueblos á dar el último adiós al alejarse al que se va y á dar la bienvenida desde lejos al que llega.

En aquella hora, envuelta la tierra en la noche profunda, comenzaba el reposo de la naturaleza, entregándose á ese sueño reparador del estío en que sólo entonces respira libremente oreada por el rocío de la sombra, no oyéndose en el desierto camino sino los últimos aleteos de las aves al recogerse en las copas de los árboles y los postreros rumores de los lagartos rastreando por entre las hierbas de las lindes. Toda la vida parecía refugiada en el horizonte, en el que los astros iban apareciendo lentamente y comenzando á brillar, cumpliendo así su misión eterna y solemne de velar por el hombre mientras él duerme, como otros tantos ojos divinos siempre despiertos.

El pobre licenciado sabíase de memoria el camino, lo había recorrido millares de veces con el azadón á cuestas ó á horcajadas sobre el borriquillo, y á buena cuenta de resbalones y tropiezos, perdida ó amortiguada la costumbre de trotar por él, avanzaba con toda la celeridad que le permitían sus pies, abiertos por los largos y repetidos cansancios y mal defendidos por el cáñamo podrido de sus alpargatas de munición. Estaba ya cerca, respiraba el fresco olor de las jaras nativas, aquel olor tan sano y conocido de

sus días felices, y sin embargo no concluía de creer en la realidad, antojándosele mentira el que se encontrara allí, podía decirse que á la vista de su pueblo.

Dos años hacía que había partido á la guerra, á cumplir el deber de ofrecer su vida y sus fuerzas á la patria en aquel terrible horno cubano, y todo le parecía un sueño, un sueño de martirio del que aún no había acabado de despertar. Su ingreso en las filas; su marcha precipitada á campaña casi concluida su instrucción militar; sus jornadas interminables, siempre bajo un sol de fuego ó bajo torrentes de agua que le helaban en pleno bochorno; sus luchas con un enemigo por lo regular invisible, que fusilaba á las columnas tras de los muros naturales de una vegetación salvaje é impenetrable; sus retiradas que hacían desear después de horas y horas de hambre, de asfixia y de sed, la muerte por un balazo; su estancia, al fin, en el hospital, acometido por el vómito, que tantas existencias cortaba allá lejos, en la soledad de un lecho de transeunte, sin el consuelo de los rostros queridos, de las voces amigas; la enorme pesadilla de aquellos dos años eternos, en que le parecía haber estado loco ó tonto, haber vivido en otro mundo, en otro planeta, no haber vivido, le pesaba todavía como un enorme plomo de que en vano intentaba librarse.

Y menos mal que lo contaba, que había escapado á la fiebre amarilla, que á tantos otros había cercenado con su hoz insaciable, dejándolos para siempre metidos en aquella tierra ingrata, privados de los ci-preses nativos, compañeros compasivos de los que se van. Cierta que volvía exangüe, en los huesos, medio muerto de anemia, convertido en un espectro, pero volvía, era uno de los afortunados en aquella gran repatriación en que regresaba á los lares patrios la cuarta parte de los soldados que se fueron, reducidos á sombras con ojos, especie de inundación humana de que él era una burbuja y que á la hora presente se esparcía por todo el país, seguía todos los caminos,

se abismaba en todas las montañas, cruzaba todos los valles, buscando cada cual el rinconcito querido en que apoyar acaso, por última vez, la cabeza antes de morir.

El repatriado andaba y andaba, las carnes no le pesaban mucho y el hatillo colgado de su palo de viandante le pesaba menos. En la mano izquierda llevaba, cogida por el mástil, una vieja y asendereada guitarrilla, y en el cuidado con que la conducía conociase su vehemente interés por el instrumento. La guitarra es una de las tradiciones de nuestras tropas, es algo de la casa, algo del solar, algo de la aldea que se va á campaña con su amo. A veces no se sabe quién sea éste ni cómo ha venido al batallón. Se sabe que hay uno que la toca; á lo mejor se lleva una bala á este uno, y otro hereda la vihuela, que concluye así por impersonalizarse, por ser de todos. Cuando, va en el carro; cuando, en la banda; cuando, sobre un bagaje; pero ella va siempre con el cuerpo y canta en el primer descanso y suena en la tienda, llegando á compartir con la bandera el amor de los soldados: la bandera les da el heroísmo en el fuego, la guitarra la paciencia fuera del combate.

También aquella que volvía con el licenciado había tenido suerte, había escapado á un testerazo. Con él había salido del pueblo y con él tornaba. Y mientras la estrechaba con sus convulsos dedos, pensaba en las noches de parranda en que le acompañaba á dar serenata á las mozas. En otras iguales, por ejemplo, á la en que regresaba á su tierra enfermo y triste. Era la víspera de San Juan y los mozos estarían ya aprestándose para recorrer el pueblo y soltar delante de la ventana de cada novia sus jotas más baturras. De seguro que él llegaría á tiempo de tomar parte en el jolgorio, de incorporarse á la rondalla;

pero hacía meses que no sabía de su morena, que no recibía carta suya. ¿Se habría muerto? ¿Le habría olvidado?

Y á pesar del cansancio, arrastrándose casi, seguía su camino, espoleado por la impaciencia cada vez mayor, bajo la mirada serena de aquellos astros radiantes que siempre allá arriba le alentaban á esperar.

II

Se encontró con la rondalla en una obscura calleja del pueblo, y amparándose en la sombra de una casa, se detuvo á verla pasar. Era toda ella de gente moza, de esa dura gente baturra, de clásica raza aragonesa, hombros nudosos, verdaderos robles con formas humanas, en los que no se concebía que no estallasen á cada paso las lugareñas ropas, incapaces de ceñir, á pesar de lo bastas, aquellos músculos de hierro. Si no con frecuencia, tampoco muy raramente, concluían las serenatas en una de linternazos que metía miedo, *por mor*—como se decía en el dialecto indígena—de los ojos de alguna muchacha que miraba á este ó no miraba al otro, abriendo ó dejando de abrir su ventana al oír la nocturna música, y nunca salía á relucir la traidora navaja, bastándoles á los oscuros nietos de los almogávares con el propio y sólido puño y cuando más con la inocente guitarra, que hacían astillas en la sesera del rival afortunado.

Aquella noche no lo era de regañar; era la de la víspera de San Juan, y la rondalla en masa, contenta y alegre, festejaba á las mozas del lugar dándoles música y dejando en el alfázar de toda ventana un ramito de flores. Es una poética y antigua costumbre.

Los rondadores se detienen ante la casa, uno de ellos se agacha como el chico *que se queda*, en el juego del paso, y subiéndose sobre sus costillas otro galán, sin que las espaldas que le soportan se doblegan bajo el peso de la cariátide, depositase en la ventana cerrada el puñado de rosas. Luego viene la copla, la jota bizarra cantada por la boca incansable, amorosa y rendida, aunque siempre varonil, respirando fiereza, bravía y terrible, y los instrumentos que la corean en un unísono ternísimo en el que destacan las notas del guitarrillo, agudas y chillonas como si las lanzara la más joven de las vihuelas. Y luego la comparsa se va, fresca, rozagante, en mangas de camisa, en chaleco, con sus pañuelos de hierbas liados á la cabeza en guisa de capacete, mientras la ventana se abre de par en par si el corazón que hay detrás de sus vidrios ha palpitado de regocijo, ó permanece cerrada si no ha tenido un latido para los acordes.

El repatriado asistió á la escena con los ojos llenos de lágrimas; le recordaba otras iguales en que había tomado parte, en que había sido protagonista, en que siempre se abría la ventana para recoger sus flores y su copla, y sin poderse contener se adelantó, poniéndose ante la comparsa y diciéndola con desfallecida voz:

—¿Hay sitio para un antiguo camarada, compañeros?

Bruscamente, de pronto, como caballos parados en firme, detuviéronse los mozos ante aquel hombre que surgía de un modo inopinado de la sombra. Ninguno le reconoció de momento. Era de noche, iban transcurridos dos años, parecía un esqueleto con sola la piel.

—¡Soy Celipe, el de la tía Tona!

¡Celipe! La rondalla fué un solo grito de asombro y de alegría.

—¿Pero de dónde sales tan de repente? ¿Cuándo has llegado? ¿Conque no te has quedado por allá? ¡Todo el mundo te daba por muerto al no saber de ti!

En seguida adivinaron la pregunta, muda y anhelante.

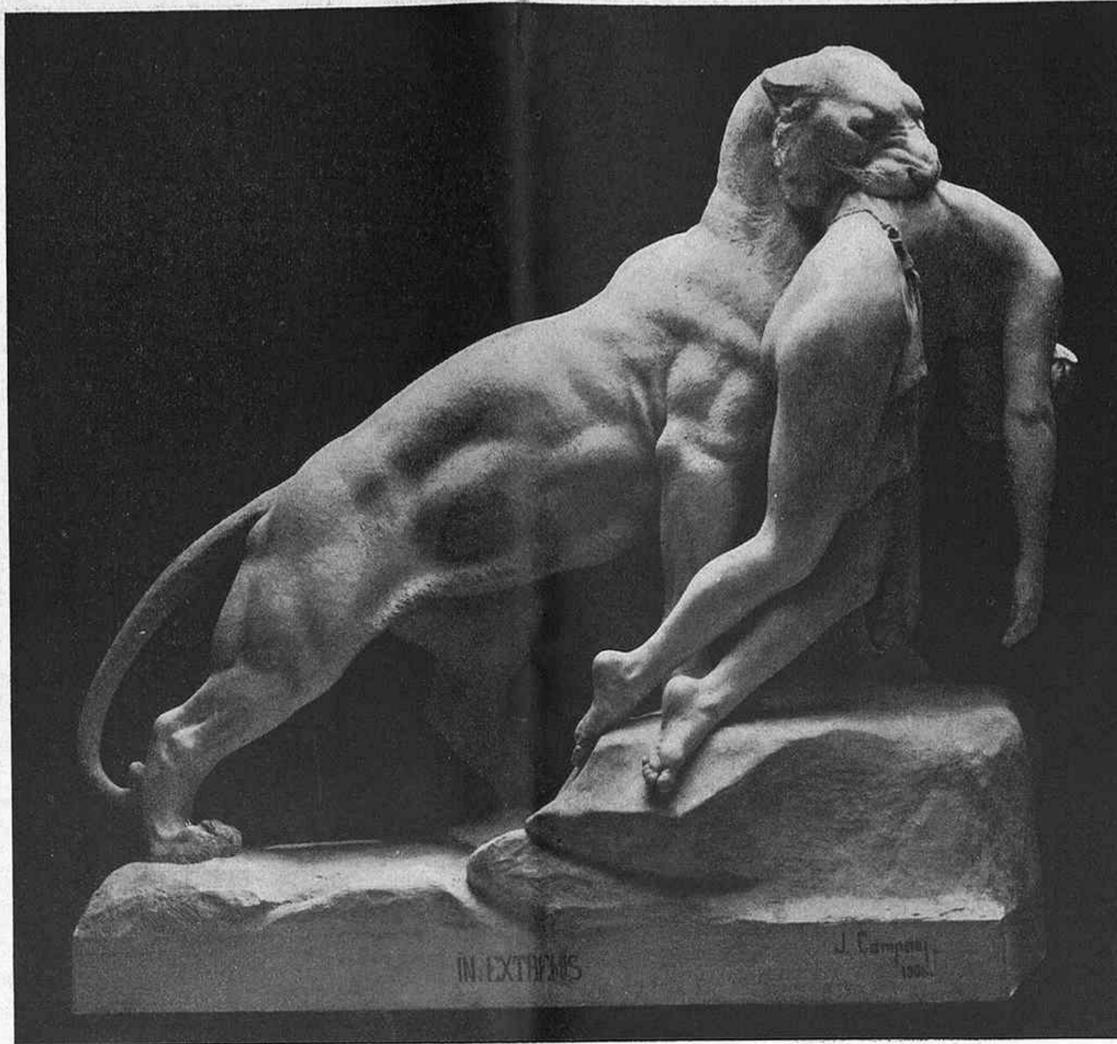
—¿Tu novia? ¿La Juliana? ¡Vive y te espera siempre! ¡Y por lo visto hacía bien en esperarte! ¡Es mu majo y mu fiel esa chica! ¡Oye, vente con nosotros y le daremos serenata! ¡De fijo que conoce tu voz! Te prestaremos una guitarra. Pero qué, ¿traes una? ¿La que te llevaste? ¡Otra que Dios! ¡Mia que conservarla entadía! ¡Na, que se te puso en la mollera que no se quedara allí, entre aquellos cochinos! ¡Es mucha cabezota la de los aragoneses!

El licenciado, estrujado por veinte brazos cariñosos que amenazaban ahogarlo en sus expansiones, se dejó llevar al cabo y fueron á parar todos ante una casa

la Virgen, erguida entre dos velas en el único y humilde altar de la iglesita:

—Padre cura, yo deseo y quisiera que se colgara esta guitarrilla como un voto junto á la santa Virgen. Porque conmigo fué á la guerra y en todas mis agonías me acompañó, y no parece sino que se había llevado algo de ustedes todos para darme alientos, porque cuando la tocaba me sentía revivir. Y entonces prometí depositarla á los pies de nuestra divina patrona, como lo hago, si me permitía volver á mi patria y á mi pueblo. ¡Ahí la tienes!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.



MADRID. — EXPOSICIÓN GENERAL DE BELLAS ARTES. 1906. — IN EXTREMIS, escultura de José Campeny, premiado con segunda medalla

pequeña. El pobre soldado exangüe no pudo, sin embargo, realizar la hazaña de encaramarse á espaldas de un camarada, y otro puso por él en el alfázar un ramito de flores. Pero cantar ya era otra cosa, y aunque con voz débil y apagada, lanzó la copla de ritual, que sonó como un lamento en la noche.

El efecto fué instantáneo. En el acto se abrió bruscamente la ventana, asomándose una mujer, una figura desolada que pareció querer precipitarse á la calle. Sin ponerse nadie de acuerdo, guardó súbito silencio la rondalla y la moza gritó como fuera de sí:

—¡Ese que ha cantao es Celipe!

—¡Yo soy, sí, Juliana de mi alma, yo soy!, respondió el soldado adelantándose.

Y no había aún concluido de pronunciar sus palabras, cuando un cuerpo querido caía á plomo en sus brazos, mientras por la abierta puerta de la casa, á la mortecina luz de los velones, se distinguían los atortolados padres de la novia, que habían echado tras ella escalera abajo. Todo el mundo lloraba. Los ojos de los que derribaban un toro de un puñetazo regaron con sus lágrimas las guitarras mudas. Hasta que una voz de trueno gritó á los demás:

—¡Maños, que paicemos de pastaflora! ¡Vamos á continuar la ronda!

III

El licenciado, con el semblante radiante y los ojos encendidos de felicidad y hasta con un principio de color en el rostro, que nada repona como la dicha, deja en manos del cura, el párroco bondadoso que le ha visto nacer y que le adora, la mísera guitarrilla de la campaña. Presencian la entrega su novia, la Juliana, una manzanita aragonesa; su tía, una vieja de códice, y sus futuros suegros, dos campesinos entrados en años, la mujer limpiándose los ojos llorosos, lo mismo que su hija, con el borde del delantal, y el hombre mordiéndose los labios para no soltar el trapo á gimotear. Y el pobre soldado exclama mirando á

sin protesta seria de los expositores.

Pasemos, pues, á otra cosa, á lo más importante.

Visitando una y otra sala de las ocho ó diez que tiene el Palacio de la Exposición, hemos quedado firmemente convencidos, lector, del triunfo grande, completo, de los jóvenes artistas y de todas sus más modernas tendencias.

Triunfa también, para gloria del arte, ¿por qué no decirlo?, el espíritu del Greco, de Goya, de Velázquez, los inmortales y divinos maestros, transparentando su genio en las obras de casi todos los buenos discípulos, de los escogidos; y el talento y buen gusto de Zuloaga, como mezcla victoriosa de los tres grandes maestros citados, influyendo con ellos poderosamente en uno y otro lienzo de Bilbao, de Hermoso, de Sotomayor, de Mezquita, de Baroja, de otra docena de muchachos concienzudos, exquisitos, que con sus admirables cuadros prueban los hondísimos conocimientos que la juventud actual tiene de aquellos maestros. Y hasta tal punto es esto cierto, que si nuestro grandioso Zuloaga hubiera presentado en esta Exposición nada más que un cuadro pequeño, para él y para su historia, admirada en todas partes menos en España, habría sido, por voto de todos los artistas, la medalla de oro, el premio de honor.

D. Fernando Alvarez de Sotomayor es un artista joven y ya con una historia muy notable. Es rico, y cultiva el arte con tanto amor y fortuna, que sus éxitos deben servir de ejemplo á muchos desiduosos, sin ilusiones, que, por tener buen patrimonio heredado, no trabajan ni educan su talento... He aquí cómo el notable artista que nos ocupa ha laborado sin descanso hasta lograr que su nombre sea ya ilustre en el mundo artístico.

En el presente año expone Sotomayor un cuadro de dos metros de largo por uno y pico de alto, titulado *El rapto de Europa*.

Nada más elegante, más bello, más atrayente, más bien pintado que este lienzo.

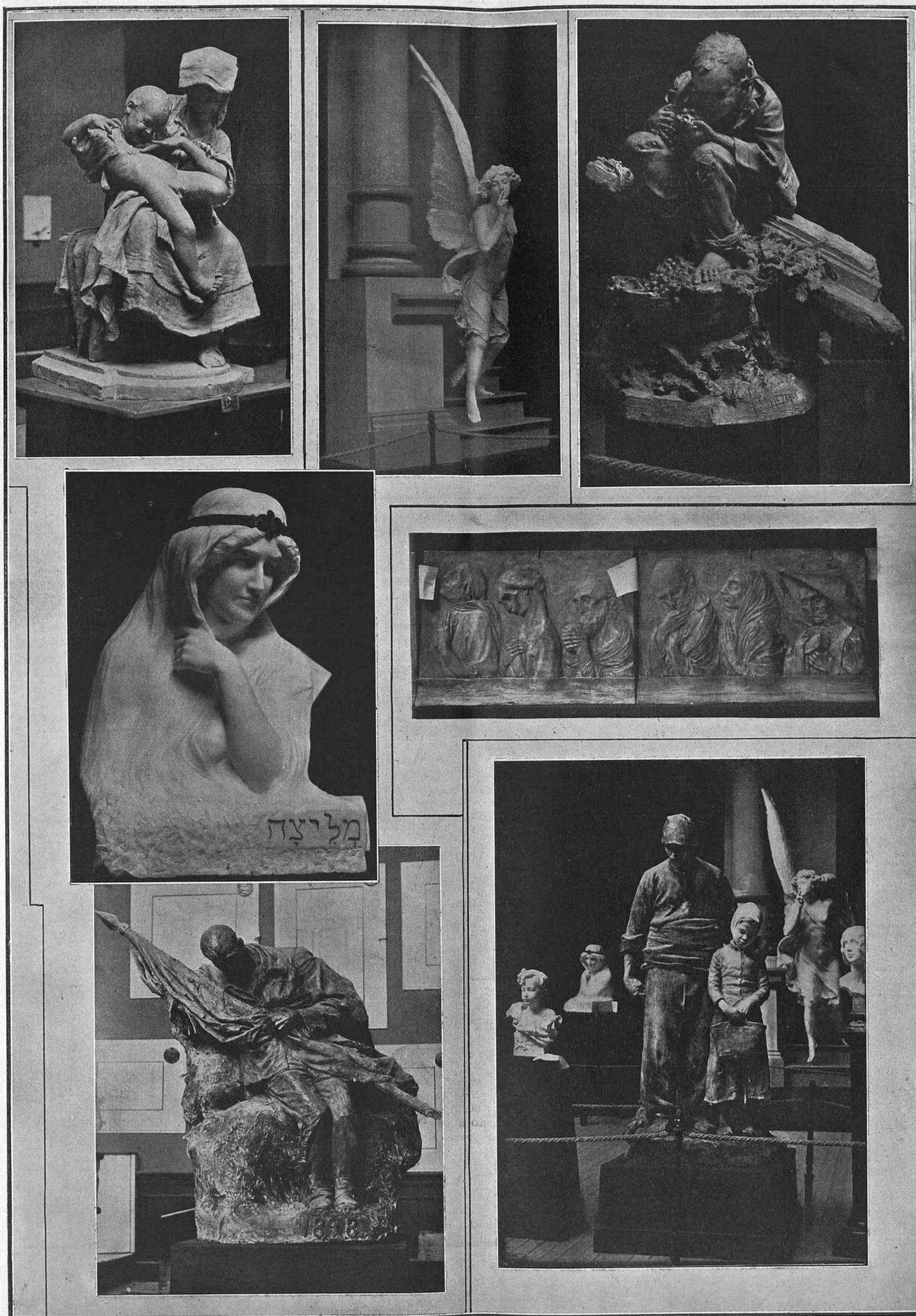
EXPOSICIÓN GENERAL DE BELLAS ARTES DE MADRID. 1906.

SECCIÓN DE PINTURA

Lectores: estamos ya dentro del Palacio del Hipódromo, que el Estado español destina para Exposiciones. Esta, la de mayo de 1906, es un concurso muy notable, escogido y que tal vez deje grata memoria entre todos los hombres que aman el arte.

La presente Exposición de Pintura es muy notable. Las obras son 700 ú 800, y en su mayoría, cada grupo dentro de su género, son bellas. Los lienzos rechazados por malos han sido pocos, en comparación con otros años.

La colocación de las obras no nos satisface, lo decimos con claridad. Se ha mezclado todo sin orden ni concierto. Nosotros tenemos otra idea, bien distinta que la del Jurado, de lo que debe ser la más acertada y exquisita colocación de cuadros en las Exposiciones de este siglo. La selección y distribución ordenada por escuelas y procedimientos hácese ya indispensable, y los Jurados, aquí en España, tienen muy distinto criterio,



COSQUILLAS, de Cipriano Folgueras (1.^a medalla). — EL ÁNGEL DEL SILENCIO, de Luis Perinat (2.^a medalla). — EL GORRIÓN, de Aurelio Carretero (2.^a medalla).
 MILITZA, de Luis Perinat. — LOS HUMILDES; LOS CASTOS, bajo relieve de P. Gargallo. — LOS HÉROES, fragmento de un monumento, de González Pola.
 ESCLAVOS, de Miguel Oslé

Imagíneme al exquisito artista recorriendo medio mundo en busca y en estudio de cuadros que, con el mismo asunto mitológico que el que ahora él nos muestra, han dejado los más famosos maestros. Visitaría, á este propósito, el palacio ducal de Venecia, donde atalayarían sus ojos la obra maravillosa de Pablo Veronés; más tarde llegaría también nuestro artista al castillo del conde de Darnley, en Inglaterra, de cuya magnífica colección de pinturas forma parte el original de Tiziano, de donde Rubens copió el que existe en nuestro Museo; y por último, encontraría en uno y otro Museo Sotomayor los lienzos de Dommenichino, Van Halen, etc., y hasta la estatua de Benvenuto...

Y conociendo ya todos los raptos de Europa, pintó el artista español su lienzo completamente distinto á los conocidos. No es el rapto: es el preludio del rapto. Aún no se ha postrado de rodillas el cornúpeto, ni tampoco la celestial princesa Europa, hija del rey de Fenicia, se ha sentado sobre los blandos lomos del enamorado padre de los dioses, que, más tarde, atravesará con su amada carga el Mediterráneo, hacia la isla de Creta, donde esta cándida y bella Europa va á ser la esposa del rey Asterion y madre de Minos.

Nos encanta el cuadro de Sotomayor, ya lo hemos dicho, por su elegancia, por su maestría, por la belleza de fondo, difícil trabajo en que el artista de nuestra época llega á estar muy próximo á los que conservamos de los grandes maestros.

Y obsérvese en esta admirable producción otro acierto que aplaudimos también: el cuerpo y la cara —de mujer de la tierra, que vive en nuestras latitudes— que Sotomayor pinta á la princesa Europa. Algunos ven en esto un defecto; nosotros una gracia.

El mismo joven maestro presenta también en esta

Exposición otro cuadro, el retrato fidelísimo de dos aldeanos, que es una verdadera maravilla de dibujo y color.

Todos recordaréis el nombre de López Mezquita.

tú, lector, verás y tratarás á diario en el mismo casino provinciano donde esto lees, pongo por sitio.

Allí, en el lienzo de Mezquita, están el cura, el notario, el donjuanesco capitán retirado, con su pequeña hija; el pintor, tenido en el pueblo como un Velázquez sin Felipe IV, sin protector; el médico, con su paraguas rojo, etc.

El cuadro está muy bien pintado, tal como el autor lo vió en la realidad, y son efectivamente sus modelos sus amigos. Es pintura moderna y libre de esos aborrecibles efectos de luz, de esos recursos que todos criticamos y son como los latiguillos en los dramas.

Mis amigos merece, pues, las alabanzas de los inteligentes, que si no ven en este trabajo una obra acabada, celebran con entusiasmo que el talento del joven pintor no decaiga y, por el contrario, lleve camino de asentarse con verdadera pujanza para las Exposiciones sucesivas.

Eugenio Hermoso es un niño aún, casi sin bozo en el labio; tiene veintidós años, y era perfectamente descono-

cido hasta hace quince días para los maestros, para los pintores ancianos. Mas hoy este jovencuelo fuerte y atrevido se ha hecho el hombre del día en la Exposición. Uno de los cuadros que ha presentado, el que más se admira, lleva por título *La Juma, la Rifa y sus amigos*; es el pintoresco é inocente regreso de la fuente del pueblo de seis ú ocho mocitas que, en el primer término del cuadro de Hermoso, aparecen sonrientes, ingenuas, sanas y felices. Detrás de este encantador grupo atisbamos el sublime, el fenomenal paisaje que el desconocido artista nos muestra en su cuadro: leguas y leguas, muchas hanegas de tierra, de verdes hazas, con altibajos pintorescos de belleza exquisita...

MANUEL CARRETERO.

(Fotografías de Toneser.)

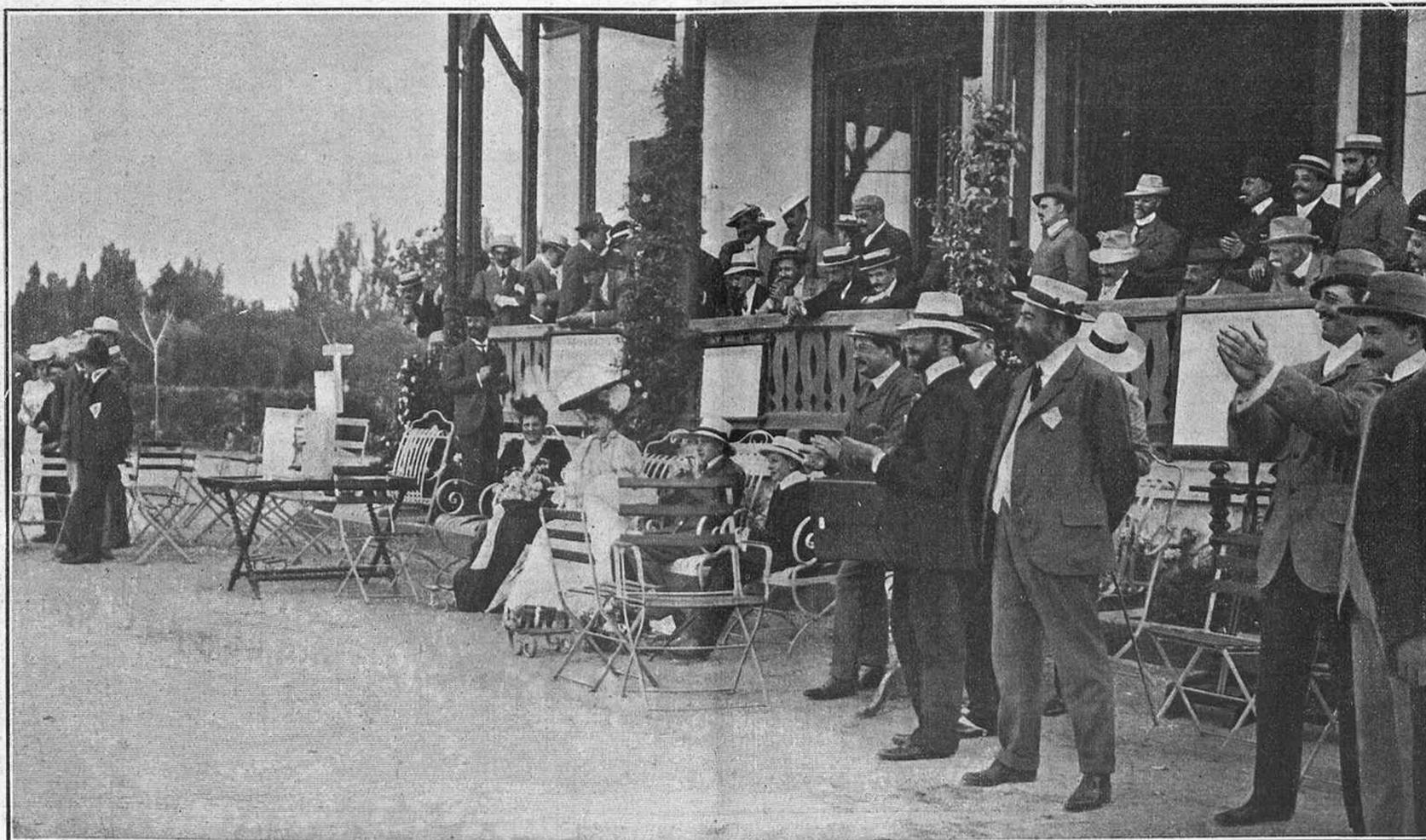
(Se continuará.)



LA EX EMPERATRIZ EUGENIA SALIENDO DEL OBSERVATORIO DEL VESUBIO, QUE HA VISITADO RECIENTEMENTE, DESPUÉS DE LAS ÚLTIMAS ERUPCIONES. (De fotografía de Carlos Abeniakar, de Nápoles.)

Fué un hallazgo, un pintor notable descubierto en la Exposición de hace cuatro años, como ahora, en la del 1906, se descubrirá y elevará á Hermoso, á un pintor extremeño de veintidós años. El primer cuadro de Mezquita lo premió el Jurado con una primera medalla. Después, en el siguiente concurso, vino el pintor endeble de trabajo y sin pretensiones de pelea. Ahora, en cambio, expone un cuadro grande, del mismo tamaño que el de Sotomayor.

Mis amigos, que así se titula, es un lienzo de estudio de caracteres; de rostros y cuerpos vestidos más bien, no de espíritus, que, como todos sabéis, es cosa más honda y seria... No es elegante, ni original, ni atrevido el asunto. Son retratos de cuerpo entero de algunos sencillos y vulgares señores que yo he visto en Córdoba ó en Montilla y en otros lugares, y que



MADRID. — S. M. LA REINA VICTORIA, ACOMPAÑADA DE SU MADRE LA PRINCESA BEATRIZ Y DE SUS HERMANOS EN EL TIRO DE PICHÓN, APLAUDIENDO AL REY EN EL MOMENTO EN QUE ÉSTE HACE UN BLANCO. (De fotografía.)

MADRID

LA BATALLA DE FLORES

Digno remate de las fiestas con que en la corte se ha solemnizado la boda de S. M. el rey D. Alfonso XIII ha sido la batalla de flores, efectuada el día 8 en el paseo de coches del Retiro.

En ella figuraron las siguientes carrozas:

Carro de Juno, proyecto del Sr. Sánchez Arcés; de claveles rojos y amarillos con dos grandes pavos reales.

Los cisnes, dirigida por el Sr. Rivas Comenge; de claveles blancos.

Un nido, proyecto del Sr. Sánchez Arcés, ejecutado por el Sr. Rivas Comenge; de bambúes, claveles y hojas de guadalobo.

Un pescado, proyecto del Sr. Rivas Comenge.

Un carrizo, proyecto del Sr. Herreros; de gramínea y claveles rojos.

Una mazorca, proyecto del Sr. Herreros, ejecutado por el Sr. Cabrelles; de manzanilla, claveles amarillos y otras flores.

Una rama de limón, proyecto del Sr. Herreros, ejecutado por el Sr. Cabrelles; de manzanilla y claveles.

Porcelana japonesa, proyecto del Sr. Sánchez Arcés, ejecutado por el Sr. Cabrelles; de flores de todos los tonos.

Rosas y avispas, proyecto del Sr. Soriano Torrejón, ayudado por el jardinero Sr. Martínez.

Gemelos de teatro, proyecto del Sr. Herreros, ejecutado por los Sres. Soriano Torrejón y Martínez; de manzanilla y claveles.

Estas diez carrozas eran del Ayuntamiento. Entre las costeadas por particulares llamaron la atención preferentemente una *Barca egipcia*, proyectada por el Sr. Sánchez Arús y ejecutada por los Sres. Cabrelles, Herreros, Rivas y Soriano Torrejón; unas *Ranas en un estanque*, proyecto

Carruajes: primer premio, al de D. José Vindas; segundo, al de la Sra. de Ochando; tercero, al de la Sra. de Malladas; cuarto, al de D. Luis Canalejas, y quinto, al del Sr. Sáiz de Carlos. El público que presenció la fiesta fué poco numeroso. - S.



MADRID. - BATALLA DE FLORES EFECTUADA EN EL RETIRO CON MOTIVO DE LA BODA DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII
CARRO DE JUNO, CARROZA PRESENTADA POR EL AYUNTAMIENTO. (De fotografía.)

también del Sr. Sánchez Arús; un automóvil eléctrico convertido en un magnífico *Elefante*, y una *Sombrilla japonesa*.

Los coches particulares adornados fueron en gran número.

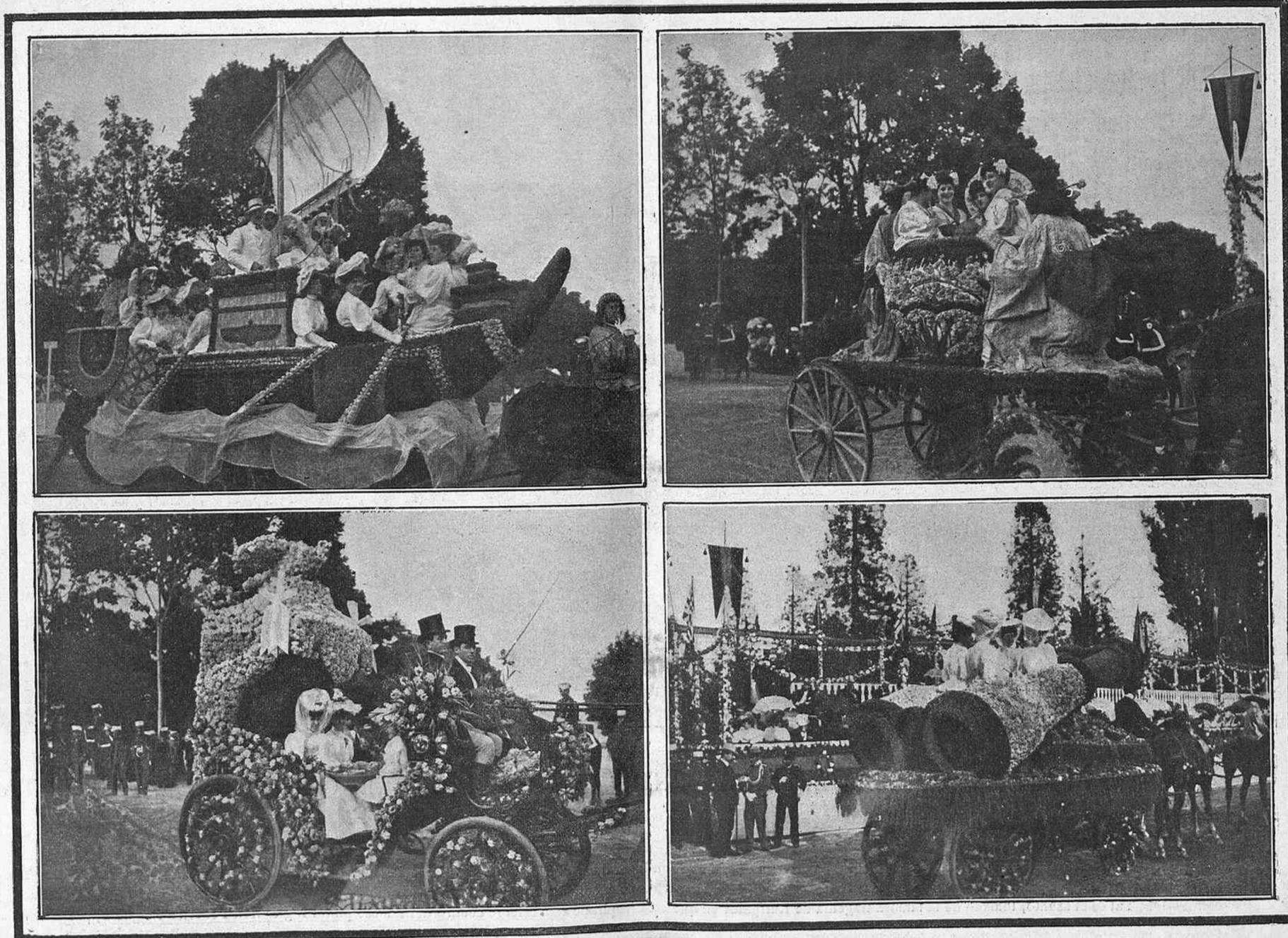
Lo mismo las carrozas que los coches particulares iban tripulados, valga la palabra, por señoras y señoritas de la alta sociedad madrileña elegantemente ataviadas.

El paseo en donde se celebró la fiesta estaba adornado con mástiles unidos por guirnaldas de flores y gallardetes de los colores nacionales españoles é ingleses, y en él se habían levantado las tribunas regia, del cuerpo diplomático, del Centro del ejército y la Armada, de la Sociedad Fotográfica, de la Gran Peña, de la Prensa, del Jurado y otras para el público.

La batalla resultó poco animada por la escasa cantidad de flores que en ella se arrojó.

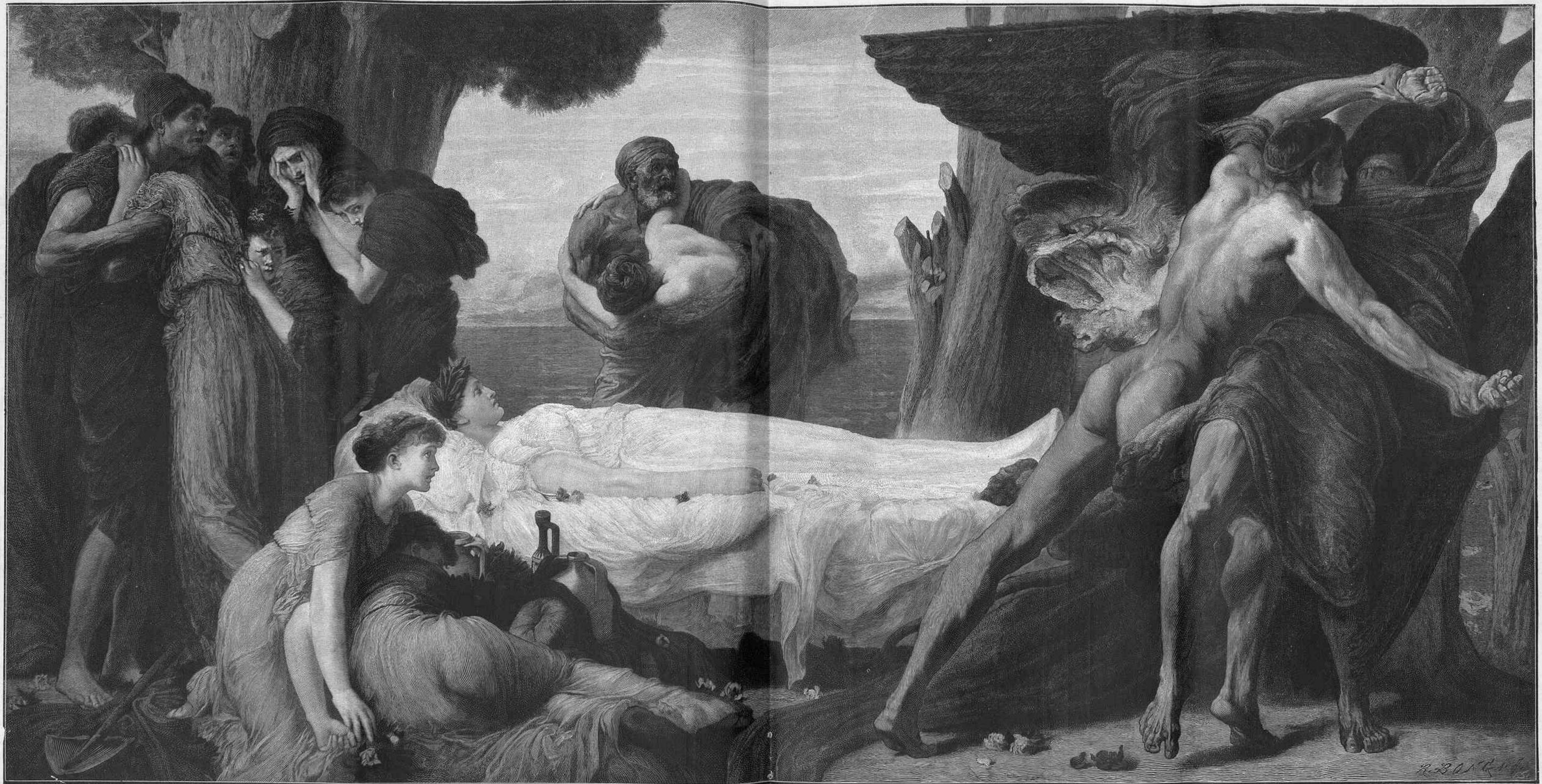
Los premios fueron adjudicados en la siguiente forma:

Carrozas: se declaró desierto el primer premio y se adjudicaron, en su lugar, dos segundos, á la *Barca egipcia* de D. León Rovira, y al *Elefante* del señor Latorre; el tercero, desierto; el cuarto, á las *Ranas en un estanque*, y el quinto, á la *Sombrilla japonesa* de D. Víctor Peñasco.



MADRID. - BATALLA DE FLORES EFECTUADA EN EL RETIRO CON MOTIVO DE LA BODA DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

1. BARCA EGIPCIA (2.º premio). - 2. PORCELANA JAPONESA. - 3. UN DOSEL, carruaje de D. Luis Canalejas (4.º premio). - 4. GEMELOS DE TEATRO. (De fotografías.)



HÉRCULES LUCHANDO CON LA MUERTE, QUE QUIERE ARREBATAR EL CADAVER DE ALCESTES, CUADRO DE LORD FEDERICO LEIGHTON, GRABADO POR RICARDO BONG

Alcestes, la más bella de las hijas de Pelias, ha consentido en morir en lugar de su marido Admeto, rey de Tesalia. Junto á su cadáver lloran sus deudos, cuando Thanatos, dios de la muerte, se presenta para llevarse su presa; Hércules, huésped de la corte, lucha con la terrible divinidad y la obliga á volver al reino de las sombras sin haber logrado su objeto. Tal es el asunto, tomado de la famosa tragedia de Eurípides en que está inspirado este célebre cuadro del famoso pintor inglés lord Federico Leighton, presidente de la Academia

de Londres. El artista ha sabido distribuir con habilidad admirable los grupos, haciendo destacar sobre todos ellos el cadáver de la hermosa y abnegada reina, de una severidad de líneas verdaderamente clásica; y con igual acierto ha dado á cada una de las figuras la expresión de los sentimientos de dolor, de sorpresa, de espanto que en su alma despierta la visión de la lucha entre la Muerte y Hércules. Contribuyen al buen efecto del lienzo los seculares troncos que encuadran la escena y el bellísimo trozo de mar que la cierra en el fondo.

PARÍS. — EL MONUMENTO Á CORNEILLE

La capital de Francia ha celebrado grandes fiestas literarias y artísticas en conmemoración del tercer centenario del nacimiento de Corneille, habiendo sido iniciadas con la inauguración de un monumento erigido á la memoria del gran poeta en la plaza del Panteón.

Presidió la ceremonia, que fué solemne y que presenció numeroso público, el secretario de Bellas Artes M. Dujardin-Beaumetz, á quien acompañaban representaciones de la Academia, de la Comedia Francesa y del Odeón y muchas eminencias de la política, de las letras y de las artes.

Pronunciaron discursos alusivos los Sres. Le Senne, presidente de la Asociación de la crítica; Tautet, secretario del Consejo Municipal; Autrand, secretario general de la Prefectura del Sena; Faguet, en nombre de la Academia Francesa; Claretie, en representación de la Comedia Francesa; Víctor Marguerité, por la Asociación de Literatos; Blemont, presidente de la Sociedad de Poetas franceses; Gourkuff, presidente de los Hugófilos, y Dujardin-Beaumetz, en nombre del gobierno.

Terminó la ceremonia con la lectura de algunas poesías de Corneille y de un poema de Gustavo Zidler, que recitó con su característica maestría el eminente actor Mounet-Sully.

El monumento, obra del escultor Allouard, representa á Corneille de pie, recogiendo con una mano su capa, en actitud sencilla y severa; en el pedestal, debido al arquitecto Latour, apóyase una matrona que simboliza la Tragedia. La máscara trágica, la corona real de las heroínas de Corneille y otros atributos completan la ornamentación.

Por la noche efectuóse en el hotel Continental un banquete de ciento veinte cubiertos, al que asistieron la mayoría de las personalidades que habían concurrido á la ceremonia de la mañana, y á cuyo final se pronunciaron elocuentes discursos. Después celebróse un concierto íntimo, en el que tomaron parte varios notables artistas.

En los teatros de la Opera y de la Comedia Francesa se han dado representaciones conmemorativas, habiéndose representado en el primero *El Cid* y en el segundo *La muerte de Pompeyo*, *Cinna*, *El embustero*, *Horacio*, *Nicomedes*, *Rodoguna*, *Poltoto* y *El Cid*, obras todas de Corneille. Además se representaron piezas alusivas de Moreau, Le Lusseau y Marsolleau, y se leyeron poesías de Zidler, Sully Prud'homme, Essarts y Blemont. — X.

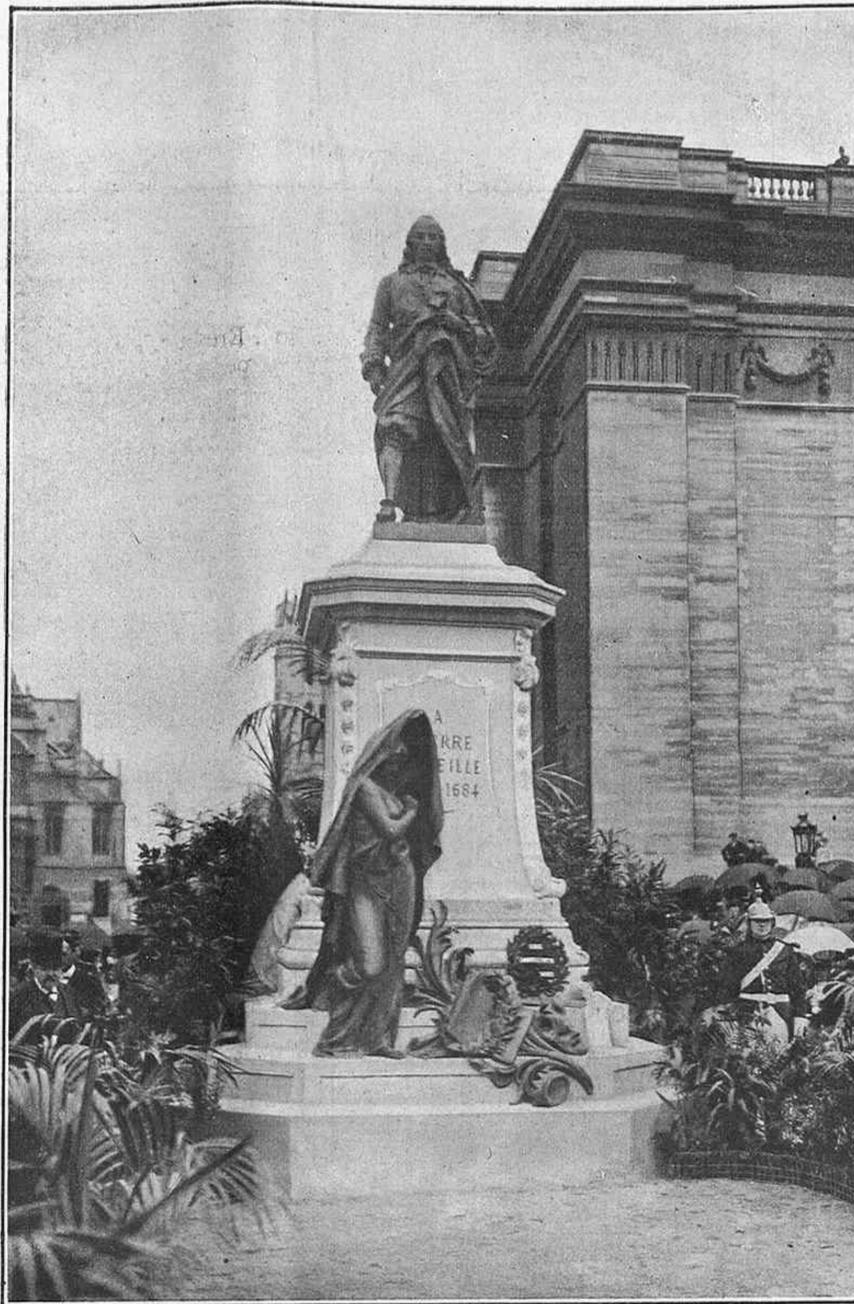
MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BERLÍN. — El emperador ha regalado al Museo del Emperador Federico de Berlín, tres preciosos cuadros de Rubens, *Magdalena penitente*, *Venus y Adonis* y un *Retrato de un niño*, que pertenecían al soberano y figuraban en las galerías de los reales palacios.

MILÁN. — El gobierno italiano ha nombrado una comisión de historiografos de arte y de químicos para que estudien los medios de conservar en lo posible el famoso fresco *La Cena*, de Leonardo de Vinci, que existe en el antiguo convento de Santa María de las Gracias, de Milán, cuyo estado de deterioro, cada día mayor, hace temer su próxima y total desaparición.

LEIPZIG. — Siguiendo el ejemplo de otras ciudades alemanas se ha fundado una asociación, cuyo objeto es la construcción artística y el embellecimiento de las ciudades y el fomento y conservación de monumentos, entendiéndose por tales todo lo que tiene carácter público en la esfera de las artes plásticas, como obras y testimonios del pasado, y muy especialmente los edificios.

BARCELONA. — *Salón París.* — Se han expuesto recientemente un boceto de la portada para la cripta del templo del Sagrado Corazón que se erige en el Tibidabo, original del arquitecto D. Enrique Sagnier; unos notables estudios de Esquirol; un hermoso cuadro de Rusifol que representa una cala de Mallorca, y varios estudios de S. Matilla de factura muy elegante.



PARÍS. — MONUMENTO Á CORNEILLE, INAUGURADO EL DÍA 27 DE MAYO ÚLTIMO, obra del escultor Allaud y del arquitecto Latour. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.)

pintados, y todos de carácter elegante y aristocrático. El señor Utrillo ha exhibido una colección de cuadros y dibujos que representan tipos femeninos, trazados con la soltura y elegancia características de su celebrado autor.

Espectáculos.—PARÍS. — Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *L'étrange aventure*, comedia en tres actos de Luciano Gleize, y *Le jeu de ans et de l'amour*, comedia en dos actos de Adolfo Aderer y Armando Ephraim; en el Gymnase *Le tour de main*, comedia en tres actos de Francisco Croisset y Abel Tarride, y *La chance du mari*, comedia en un acto de G. A. de Caillavet y Roberto de Flers; en Varietés

y en el Nouveau Theatre *Le réformateur*, comedia en tres actos de Eduardo Rod.

BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Mariposas blancas*, comedia en dos actos de los Sres. López Silva y Pellicer, y *Zaragatas*, sainete en un acto de los hermanos Quintero; y en el Eldorado *La pista*, comedia en tres actos, última producción de Victoriano Sardou, traducida por los señores Catarineu y Bueno.

En el teatro del Bosque funciona una buena compañía de ópera italiana, castellana y catalana, bajo la dirección del maestro Petri, en la que figuran entre otros artistas las señoras Babot, Balagué, Darnis, D'Arroyo, Oliver, Parés, Rabassa, Polo, Homs, Italiani, Marquet, Riera, Serrats y Duval, y los Sres. Bosch, Cantarell, Goiri, Pacareu, Quintana, Saludas, Serretti, Balaguer, Puiggener, Romeu, Banquells, Giral, Guardiola, Martino, Oliver y Hernández. El repertorio se compone de las más aplaudidas óperas de Meyerbeer, Wagner, Verdi, Saint-Saens, Boito, Thomas, Puccini, Donizetti, Rossini, Mascagni, Leoncavallo y Bellini. La temporada se ha inaugurado con la ópera en tres actos y cinco cuadros del maestro Morera *Bruniselda*, cantada en catalán.

Asociación Wagneriana. — Ha dado en esta asociación un notable concierto la notable pianista Srta. Campins, quien interpretó admirablemente hermosas y difíciles composiciones de Bach-Liszt, Beethoven, Deodat de Severac, Fauré, Strauss y Debussy, que le valieron entusiasmas aplausos.

Necrología.— Han fallecido:

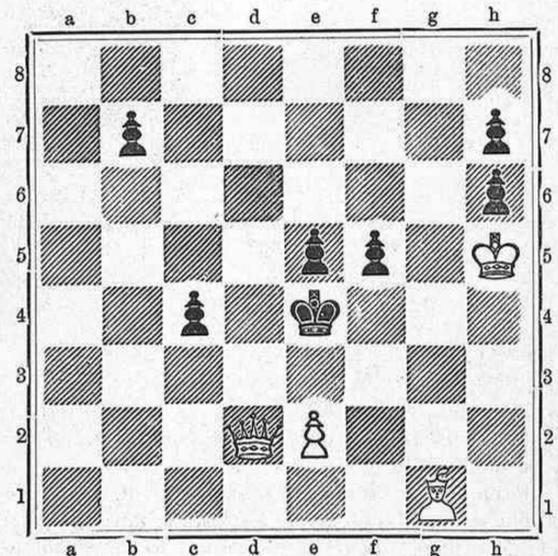
Dr. Lampertico, economista italiano, autor de muchas y muy importantes obras.

Alejandro Lange Kielland, poeta noruego, autor de multitud de novelas y dramas.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 428, POR V. MARÍN.

NEGRAS (7 PIEZAS)



BLANCAS (4 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 427, POR V. MARÍN.

- | | |
|--------------------|-----------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Dc2-b3 | 1. c4x b3 |
| 2. Cf8-g6 jaque | 2. Rh8-h7 |
| 3. f7-f8 (C) jaque | 3. Rh7-g8 |
| 4. Ad1xb3 mate. | |

VARIANTES

- 1..... e4-e3; 2. Db3-c2, Ah1-e4; 3. Dc2xe4, etc.
 g7-g6; 2. Db3-b6, g7-g6; 3. Dc2xg6, etc.
 h6-h5; 2. Db3-b5, Ah1-f3; 3. Db5-f5, etc.

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 20, B^{is} ITALIENS, PARIS.



BUENOS AIRES. — Medalla acuñada en la casa Bellagamba y Rossi, en conmemoración de la fecha histórica en que la población de la capital de la República Argentina ha alcanzado la cifra de un millón de habitantes. — Buenos Aires fué fundada por Garay en 1580; en 1801 tenía 40.000 habitantes; en 1905, 1.000.000. Actualmente es la primera ciudad del hemisferio Sur y la segunda de la raza latina.

Establecimiento de Figueras y Esteve, sucesores de Hoyos. — Dos notables exposiciones han celebrado en ese establecimiento los reputados artistas Sres. Cusachs y Utrillo (A.). El primero ha expuesto varios bellísimos pasteles y gran número de hermosos cuadros al óleo de asuntos principalmente hípicas, como revistas militares, carreras de caballos, escenas de caza, etcétera, todos hermosamente compuestos y admirablemente

Le paradis de Mahomed, opereta en tres actos y cuatro cuadros de Enrique Blondeau, música de Roberto Planquette; en los Bouffes Parisiens *Virage*, comedia en cuatro actos de madame Jane de La Vaudere, y *Tout s'arrange*, ópera cómica de Jorge Signeu; en el Vaudeville *Chaine anglaise*, comedia en tres actos de Camilo Oudinot; en Nouveautés *Le mari de Loulou*, comedia en tres actos de Mauricio Soulié y Enrique de Gorse;

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Juan como Jacobo, el padre como el hijo, la admiraban ya y la escuchaban con la misma expresión y la misma atención embelesada, mientras ella, que lo veía muy bien, caminaba ligeramente entre los dos. Se hubiera dicho que se los llevaba cautivos.

Fué aquel uno de sus más hermosos éxitos; la conquista de un señor de París, de un hombre de círculo, de un *sportman*, amigo de los autores, amante de las actrices y que representaba para ella el colmo de la dificultad en la empresa, pero también un ideal de gloria si triunfaba. Bella se acordó siempre de aquel día.

Por la noche, cuando estuvieron solos, Jacobo dijo al conde:

—Celebro mucho, papá, que hayas prescindido de tus prejuicios respecto de los Carmesy, que son...

Valroy, ofendido por el tono de la frase, le interrumpió:

—¿Quién te ha dicho que he prescindido?

El joven se encabritó.

—La acogida que has hecho á miss Arabela no ha sido de un enemigo..., me parece; parecía que la encontrabas á tu gusto...

El conde se enfadó por completo. Acaso se reprochaba secretamente haberse dejado coger, en efecto, por las monadas de aquella diminuta hechicera... ¿Tenía él, pues, todavía tales extravíos de juventud?.. Un niño, un hijo, los había notado... ¡Un niño! Sí, eran dos niños; esta palabra cantaba en su cerebro, y el conde se sirvió de ella para replicar con desdén:

—Yo no soy enemigo de una criatura y he podido encontrar graciosa á esa niña sin que esto me comprometa á nada. Tampoco es ella responsable de las fechorías de su padre.

Jacobo se estremeció... «¡Criatura..., niña!» términos injuriosos según él... Y disipado su sueño de aproximación de las dos familias, le dominó la cólera y se atrevió á decir, olvidando quién estaba delante de él:

—Papá, por última vez, te ruego que hables de Arabela y de los suyos con el respeto que merecen; pues, de otro modo, tendré el dolor de evitar tu presencia. Elige.

Juan se esforzó por sonreír.

—¿De modo que es la paz ó la guerra lo que me traes en los pliegues de tu manto?

—Justamente.

—Pues bien, escucha: eres mi hijo; te he querido de niño, te he velado estando enfermo, te he cuidado y rodeado de cariño y no he vivido más que para ti, porque eras el único ser que me atraía en esta casa; empiezas á crecer y tratas de morderme... ¡Cállate y sigue escuchando! El haber adorado á un niño no es una razón para que se adore también al hombre que debe salir de él. Me hablas de un modo odioso, y yo debiera coger un látigo y responderte con ese argumento para probarte que, á falta de otros derechos, tengo el de la fuerza. Pero no; acabo de echar de ver, en mi poca cólera, que tus ultrajes no hacen efecto...

Prefiero esto... Ten cuidado... Eres todo orgullo y te crees muy fuerte en la vida; pero, te lo repito, ten cuidado... Puede que un día—muy próximo—te encuentres solo y desnudo en el camino... Veremos, en-

á instalarse. Era una gran alegría para la castellana el ver llegar, uno tras otro ó todos juntos, á sus amigos de la Villa Rústica.

El mismo marqués Godofredo se dejaba domar, sin prescindir por eso de hacer sentir de vez en cuando el precio de su condescendencia. Hacía poco había tomado la costumbre de pedir prestado un caballo en la cuadra de Reteuil, tres veces á la semana, para recorrer montado los alrededores, lo que le permitía ver la comarca.

Acaso sus expediciones, que sólo parecían guiadas por la aventura, tenían un fin más práctico y más interesado. Se le veía con frecuencia hacia la granja de los Grivoize, donde los dos hermanos y Piscop le mostraban ahora gran consideración.

Era aquel un buen cambio, pues un año antes eran ellos los primeros de calificarle de marqués del Pan seco y conde de la Misericordia. Pero todo varía, y sin duda aquellos tres compañeros, cuyas almas eran astutas, tenían sus razones para ello.

A veces se les veía pasear los cuatro delante de la granja ó sentarse en el interior delante de una mesa con vasos y una botella de aguardiente, juego en el que Carmesy no tenía rival.

La marquesa Adelaida, con gran descontento de las señoras de la vecindad, acompañaba casi todos los días á la señora de Reteuil en sus paseos en coche por el bosque.

Estaban en la más tierna intimidad, aunque había entre sus edades la diferencia de un cuarto de siglo; pero esas barreras no existen para los espíritus elevados.

Adelaida, con su aspecto de franqueza, contaba de buen grado su vida y sus desgracias, por lo menos las que podían contarse, y su amiga se indignaba al oír el relato de aquellos infortunios tan poco merecidos; acusaba á la suerte de injusta y repetía con frecuencia:

—¡Es para dudar de Dios!..

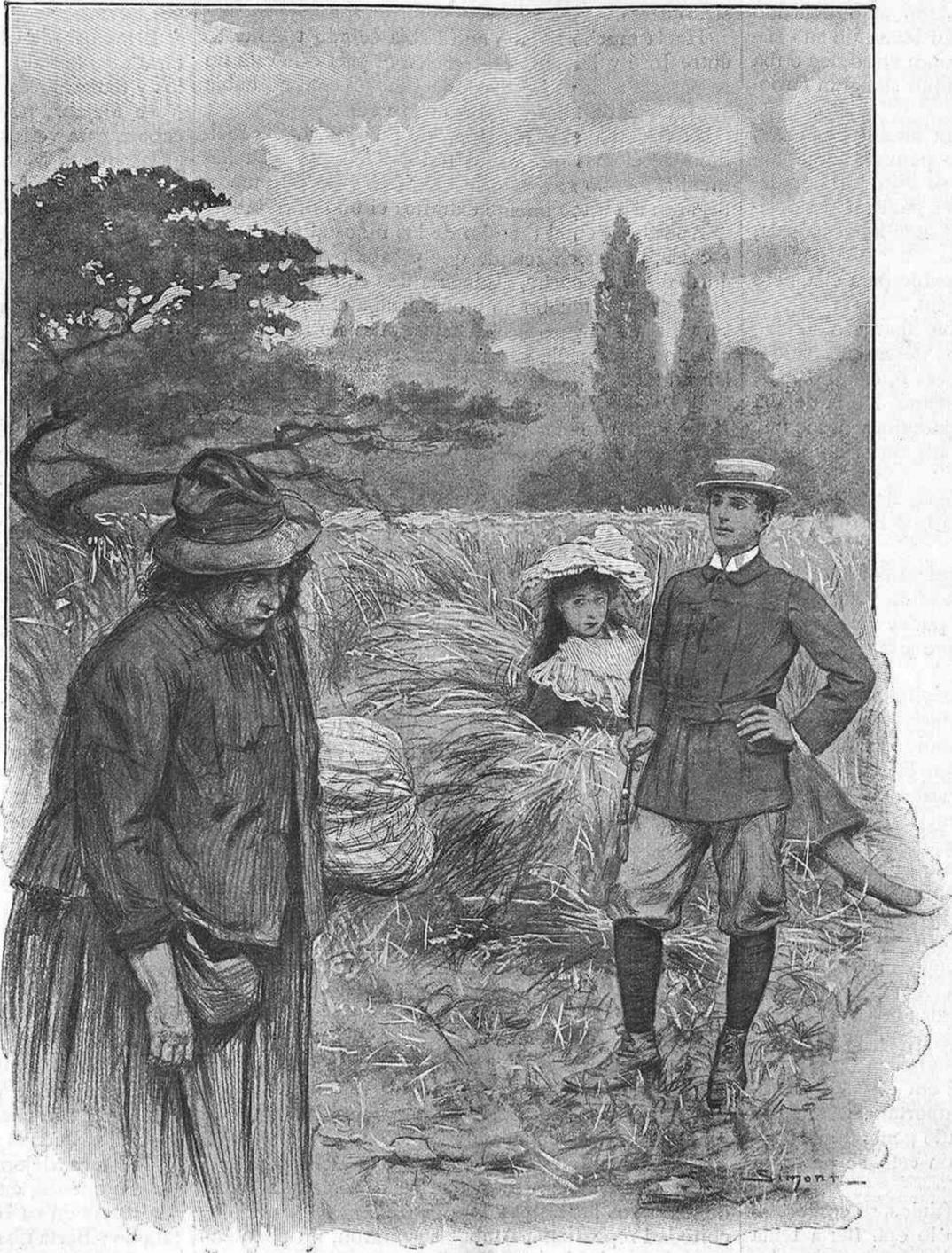
La madre de Arabela, entonces, con una de esas miradas envolventes y encantadoras que había transmitido con la vida á su preciosa hija, murmuraba con su voz singular:

—No, querida amiga..., puesto que hemos encontrado á usted...

Y la querida amiga, conmovida hasta llorar, pensaba en los medios de sacar de su inicua miseria á unas personas tan distinguidas y tan delicadas.

Y debió de encontrarlos, pues es de notar que, en aquella época, la existencia se mejoró en casa de aquellos seres replantados en el suelo de sus antepasados.

Arabela no variaba; con Jacobo cosido á sus faldillas cortas, perseveraba, para divertirse, en su idilio romántico y todos los días ensayaba un nuevo papel; tan pronto loca sentimental como camarada casi masculino y tan atrevido como otro cualquiera; ya reina de leyenda gobernando á su antojo; ya domadora de circo haciendo pasar, á imaginarios latigazos, por los aros de su fantasía á su único partidario *adicto hasta la muerte*, como él decía.



—Berta, me harás el favor de no tutearme más...

tonces, si el Sr. de Carmesy-Ollencourt te abre su puerta. En cuanto á mí, un poco más desencantado de esta casa, en la que, decididamente, sólo el odio prospera, me vuelvo á París, á mis negocios, á mis hermosos negocios...

Se calló un momento y añadió, dando un profundo suspiro:

—Acabas de librarme de un gran peso... Tú no puedes comprender... Sí, de un gran peso... Después de mí, el fin del mundo...

Y después de estas palabras sibílicas, el conde se alejó, dejando á Jacobo entregado á sus reflexiones. El joven estaba, más que asombrado, enteramente desconcertado.

—¡Bah!, pensó; mañana lo habrá olvidado.

Al día siguiente, el conde se marchó.

—Ya volverá, se dijo Jacobo, no queriendo cargarse con un remordimiento.

Y siguió su existencia sin cambiarla en nada.

La tal existencia era fácil; los estudios no le fatigaban. Salía de Valroy, donde los Carmesy no entraban todavía, para ir á Reteuil, donde aquéllos empezaban

Era imposible saber lo que pensaba aquella extraña muchacha, que acaso no pensaba nada más que en reír y en respirar; es posible que aquellos ojos inmensos, de mil expresiones, no contuvieran más que el vacío; acaso en aquella cabeza de santa ó de gitana, según los días, no hubiera alma alguna. Con ella, todas las suposiciones eran permitidas. Pero Bella seguía siendo misteriosa.

Su vanidad, sin embargo, no se desarmaba y se hacía ver en todas ocasiones. Berta fué la primera en sufrir sus terribles efectos, á pesar de que se hubiera ofrecido á ella con los puños atados, como esclava, por haberla elegido Jacobo.

Los días eran desdichados hacía mucho tiempo para la mujer de Regino, y mucho más por lo mismo que, en apariencia, no tenía derecho á quejarse.

Todo parecía prosperar en el pabellón del guarda. Garnache seguía sus rondas metódicas por los bosques. Berta, con Sofia, se ocupaba en la casa sin cansancio. José, que se había quedado algo delicado después de su enfermedad, la gran fecha de su existencia, no inspiraba cuidado alguno; era dulce é iba con regularidad á la escuela, aunque sin gran curiosidad.

En aquella familia reinaba un ancho bienestar, pues el conde de Valroy, en otro tiempo, había colmado de bienes á la nodriza de su hijo, por agradecimiento—nadie veía otras razones para tal generosidad,—y Berta había sido además dotada, al casarse, por la de Reteuil y por la condesa.

La vida hubiera debido ser apacible para ella, pero era en realidad un perpetuo suplicio.

Hacía años que Jacobo se había apartado de ella, fastidiado por sus demostraciones demasiado ruidosas. Cuando la veía, volvía la cabeza ó, cuando más, le hacía un ligero saludo con la mano. No la dejaba acercarse más que en el último extremo, y desde que tuvo diez años, se escapaba de sus caricias con repugnancia.

Berta no le tocaba ya y le miraba de lejos, sobre todo desde que renunció á ser bella y se dejó llevar á los descuidos campesinos.

Tenía conciencia de que una paleta como ella, sin cuidados y hasta sin limpieza, invadida por la mugre en sus ropas y en su persona, no podía menos de repugnar al señor vizconde, siempre exageradamente pulido y perfumado.

Se resignaba, puesto que el sacrificio había sido consentido de antemano, pero padecía horriblemente, aunque trataba de consolarse pensando que su fin estaba conseguido, que sucedía lo que ella había deseado y que todo aquello estaba previsto.

Pero lo conseguía mal. Las previsiones, por funébreas que sean, resultan insignificantes en presencia de las realidades. Prever que se sufrirá no es sufrir, y así lo veía Berta. Pero tenía que disimular puesto que no podía ser comprendida, y lo lograba á veces, para caer en seguida en sus tristes anonadamientos.

Entonces se estableció la leyenda de que estaba enferma, como su antigua señora, Antonieta, de una de esas dolencias nuevas inventadas por los ociosos de las ciudades y perdidas, por azar, hasta el fondo de los campos. Un médico pronunció una palabra rara: neurastenia. ¿Por qué? ¿Qué era eso?... El médico movió la cabeza con aire de importancia. Nada de causa; nada de definición; un estado general morboso porque no era de otro modo. Con esto se podía ya saber á qué atenerse...

Los campesinos, fácilmente crédulos, se conformaron con esta explicación, que no lo era. Berta tenía malos los nervios y la compadecían, aunque burlándose un poco. Esto era lo que se ganaba viviendo al lado de los ricos.

¡Bah! Todo lo que decían de ella le era indiferente. Su único cuidado era no faltar al paso del vizconde; llenarse los ojos furtivamente con su vista y llevársela con ella para soñar por la noche.

Le esperaba oculta en las malezas, sin dejar ver jamás su presencia, y le seguía por los bosques con precauciones de indio tras de una pista. Sabía que le desagradaba verla y quería evitarle esa contrariedad.

Pero cada día era mayor en ella aquel amor desmesurado por el hijo perdido, que era noble, rico y dichoso por la sola voluntad de su madre, pero que no le pertenecía ya y para la cual no era nada.

Cuando volvía á su casa y se encontraba á José, se esforzaba por sonreírle, pero había llegado á temerle como á un remordimiento vivo.

Era el que hubiera debido ser legítimamente vizconde, afortunado y lleno de orgullo y de alegría... Y no era más que su hijo y el de Garnache. Y aquel niño, á quien había robado, desheredado y apartado de su sangre y de su raza, la quería, mientras que el otro... Y la quería á pesar de su dureza y de su indiferencia, y todo se lo perdonaba creyéndola desgraciada por falta de salud.

Tampoco José se aproximaba á ella; pero, al revés que el otro, era por temor de ser rechazado; la quería de lejos, él también, como ella al otro...

Algunas veces le daba lástima José é intentaba ser tierna, ser madre con él... Pero al verle de cerca, al oír su voz, se estremecía de repente y retrocedía con el espanto de un aprendiz de verdugo ante su primera víctima.

Y José, que no comprendía y se había acostumbrado, con el tiempo, á aquella conducta, se refugiaba entre las piernas de su padre ó las faldas de Sofia.

Cuando creció aumentó su compasión por aquella desequilibrada en la que veía su madre. Por ella aprendió la dulzura, pues, para hablarla, atenuaba su voz, más bien dura, y dulcificaba su ademán, más bien breve. Berta no se lo agradeció, ni lo notó siquiera, pues no le veía más que á través de un velo de contrición.

Doble dolor: el uno siempre lejos y el otro demasiado cerca.

Hacía mucho tiempo que había cesado todo trato entre José y Jacobo. Se decía en el país que éste no se parecía á su padre, el conde Juan, el cual no había sido nunca orgulloso ni duro con nadie.

El vizconde sí lo era. José, de niño, no había recibido de él más que malos tratos y le evitó resueltamente. Jacobo tampoco le buscaba, y de este modo llegaron á ser totalmente extraños el uno al otro.

Apenas si, en el tumulto de los niños al salir de la escuela, el señor vizconde, que pasaba por casualidad á caballo ó en coche, distinguía una cara que le parecía conocida. Jacobo no profundizaba el conocimiento, y de un latigazo se iba lejos, pues no tenía nada común con aquella gentüza, con aquella simiente de labradores.

Por una irrisión mental enteramente extraordinaria, Berta sentía rencor por José porque no admiraba y no quería á Jacobo. Era un sentimiento loco, pero exacto. Su depravación rayaba en la demencia.

En una mañana de julio, el cielo estaba salpicado de nubecillas de color de rosa, la naturaleza parecía de buen humor y el viento era alegre. Jacobo y Bella atravesaban, uno tras otro, el estrecho surco que dividía un campo de trigo alto y dorado.

Los jóvenes se perdían allí como en un mar y sólo veían á su alrededor una inmensa ondulación de espigas, en el extremo de la cual se distinguía en lontananza el campanario de una iglesia.

El vizconde y la hija de Carmesy, contagiados por el alegre ambiente, andaban ligeramente y dichosos de vivir.

Hacía algún tiempo, como si se hubieran puesto de acuerdo, que habían crecido simultáneamente. Los diez y seis años del joven representaban bien diez y ocho, y los catorce de la muchacha parecían diez y seis. Se habían formado; ella había tomado anchuras de cuerpo y él de hombros.

No eran ya niños, y con la mejor voluntad del mundo no era posible descuidarlos; se habían vuelto «personas,» como decía la misma miss Bella, la cual, por fin, llevaba falda larga.

¿Habían las almas imitado á los cuerpos en aquella metamorfosis? Puede ser, pero en esa mañana no lo parecía, pues en aquel campo de oro, los dos se divertían en coger amapolas entre los trigos, como dos muchachos despreocupados...

Iban lentamente, sin cuidarse de la hora, como quien no tiene más regla que su capricho. La masa de los trigos los aisló, y los dos sintieron á la vez una cortedad repentina... Ambos suspiraron, un poco encarnados y sin decir nada, mientras una vaga sonrisa les descubría los dientes.

Desde que era más alta, Bella se había hecho menos atrevida y menos hombruna, y tenía algunas veces ciertas veleidades de azoramiento. Y así le ocurrió en aquel instante.

Jacobo, también turbado, sin saber por qué, le tendió las manos en un ademán implorador, y la joven puso en ellas las suyas; pues, esta vez, era aquella muchacha enigmática la que estaba sugestionada.

Así permanecieron sin hablar, en una postura simbólica, y su acto irreflexivo tomó de la esplendidez de la decoración, de la grandeza de los personajes, gravedades y solemnidades de esponsales bíblicos...

De repente se oyó detrás de ellos una respiración entrecortada y unos pesados pasos en los haces, y como un paquidermo que surge de los cañaverales, apareció Berta, triste, sudorosa, repugnante, sin verlos todavía.

Cuando echó de ver á aquellos dos amigos extraordinarios estorbados en su éxtasis y que la estaban ya maldiciendo con terrible fruncimiento de cejas, la vieja—sí, vieja ya á los treinta y cinco años—se quedó encantada y de su cara se escapó un reflejo de entusiasmo y de pasión ardiente...

Berta juntó las manos maravillada.

Estaba á dos pasos de la pareja, y los contemplaba radiante, enternecida, grotesca, sobre todo, y decididamente horrible.

—¿Qué hay, Berta?, dijo Jacobo muy seco.

La mujer rompió á llorar acentuando su actitud de adoración.

—¡Jacobo! ¡Jacobo! ¡Qué guapo eres!.. Estás hecho un hombre... Hace tanto tiempo que no te he visto... de cerca, al menos, así, delante de mí... Sí, eres hermoso como el arcángel de los vidrios de la iglesia... Hermoso..., hermoso... como... no sé de nada que lo sea tanto como tú... ¡Y la señorita! Tan bella, con esos ojos tan grandes... Estáis bien juntos... Sois la gloria de Dios...

La infeliz deliraba, loca de amor y de alegría. Pero su discurso disgustaba á Arabela, y Jacobo, que lo notó, le puso término.

—Sí, sí, nodriza, está convenido; somos dos maravillas; pero sigue tu camino, y buen viaje... ¡Basta por hoy!

Berta bajó la cabeza y obedeció. No quería molestar á aquellos dos muchachos, que querían estar solos y tenían razón de despedirla.

Se alejaba, pues, pesada y palurda, volviendo la cabeza para verlos aún, cuando Bella dijo secamente al vizconde:

—Dejek, no me gusta ver que esa mujer le tutea á usted... ¿Cómo es que usted lo permite? Es incorrecto y vulgar... ¡Una campesina, y tan sucia!.. ¡Ah! No, evite usted esto..

Bella manifestaba una gran repugnancia, arrugaba la nariz y alargaba los labios. Jacobo se ruborizó como si recibiera un bofetón.

—Tiene usted razón, Bella.

Y llamó:

—¡Berta!..

Estaba la nodriza á treinta pasos y se paró en seguida al oír aquella voz que la hubiera hecho arrojar-se al fuego. El vizconde dió unos pasos y dijo secamente:

—Berta, me harás el favor de no tutearme más... Soy ya grande, y eso me fastidia.

La mujer no comprendió al principio el sentido de esas palabras. Cuando se dió cuenta de él, bajó la cabeza y de sus ojos se desprendieron dos lágrimas; pero dominó su pena y balbuceó:

—Bien, como tú..., como usted..., como el señor quiera.

Le hablaba como una criada. ¿Qué otra cosa era para él? Jacobo acogió sus palabras con un gesto de satisfacción, y la misma Bella pareció apaciguada.

Berta Garnache se fué por los trigos con la cabeza más baja y el cuerpo más doblado que hacía un momento... Y aquel esqueleto era sacudido á cada paso por un sollozo: «¡Jacobo!»

SEGUNDA PARTE

I

—Valroy, dijo Carmesy cogiéndose familiarmente del brazo del conde, nuestras pipas hacen estornudar á estas señoras... Vámonos más lejos.

Y ambos se marcharon apoyados el uno en el otro como dos buenos amigos.

—Eso es, déjenos ustedes solas; todos los pretextos son buenos, exclamó la condesa Antonieta, incorporándose en su butaca y con la cara casi animada... Jacobo y Berta nos han dejado ya... Me parece bien...

—Un instante, respondió Valroy volviendo la cabeza; nada más que un instante, querida amiga.

—Déjalos, hija mía, dijo dulcemente la de Reteuil, llena de beatitud; tienen que hablar de sus negocios.

Pero la marquesa Adelaida apoyó á Antonieta y aprobó su reproche. Para todo había tiempo y no se debía dejar la mesa, así, inmediatamente después de tomar el café. ¡Los negocios! Tiempo tenían durante todo el día...

Era aquella la táctica habitual de la marquesa; no dar la menor importancia á esas cuestiones de dinero en que se ocupaban los hombres. Eso era vulgar é impropio de grandes señoras.

Con ese apoyo, Antonieta triunfaba de su madre, siempre débil, pero que dejaba decir, con las manos cruzadas en el vientre, contenta de vivir y de ver lo que veía.

Al que cuatro años antes le hubiera profetizado los sucesos actuales, la de Reteuil le hubiera tratado de loco incurable, y se hubiera encogido de hombros si alguien le hubiera dicho que un día vería reunidos en Valroy, en torno suyo, en la misma mesa y en una dulce intimidad, á su hija, casi curada por una serie de milagros; á su yerno, vuelto á una benevolencia general; á Jacobo, cada vez más tierno, y al marqués Godofredo, después de haber probado su lealtad, con

su mujer Adelaida, aquel ángel, y su hija Arabela, aquella hada.

Era verdad que tal resultado no se había obtenido de una vez; para llegar á él habían sido precisos una porción de hechos, peripecias y aventuras, en las que los Carmesy habían representado siempre el primer papel.

¡Cuánta razón había tenido, cuando acababan de llegar y todo el mundo les volvía la espalda, en ir hacia ellas á pesar de todo y procurando atraerlos y conquistarlos!

¡Qué bien había acertado cuando decía que la vuelta de aquellos nobles señores era una bendición para la comarca!

El marqués, gran cabeza y hermoso corazón, había sabido desembrollar los negocios de Valroy... y á tiempo. Todavía le daba escalofríos el recordarlo... ¿Y la marquesa? No podía olvidar que se le debía ni más ni menos que la resurrección de Antonieta. Parecía que la estaba oyendo decir á su hija la primera vez que las presentó mutuamente:

—¡Oh! Señora, son todos estos olores los que la ponen á usted enferma... Hay que tirar pronto todo esto y beber grog caliente.

¡Qué cara puso Antonieta!

¿Y Bella? ¡Ah! ¡Bella!.. Era la alegría de las tres casas. ¡Cómo había pesado, con ser tan frágil, en el destino de Jacobo! Su nieto se lo debía todo.

A su lado, en su culto, había aprendido todos los refinamientos y todas las delicadezas, educado sus propensiones violentas y corregido su naturaleza salvaje.

Por el camino del corazón, Bella había penetrado en su mente y la había iluminado con nueva luz. Un poco paleta, á pesar de sus pretensiones de elegancia, ella le había desbastado, y sobre todo, había vencido su egoísmo y despertado su sensibilidad.

Era una hermosa victoria, que se perfeccionaría á su tiempo con una brillante manifestación del poder adquirido. Bella obtenía de aquel muchacho de diez y seis años, sin saber ni conocimientos de ninguna clase, que se expatriase diez meses del año, y que siguiese, primero, los cursos de una universidad inglesa, después los de una alemana, luego que recorriese la América, y por último, que visitase la Australia, sólo para complacerla.

El marqués Godofredo era el que había establecido ese programa. Bella se encargó de hacerse aceptar á Jacobo y el mismo Godofredo á la de Reteuil. Antonieta no puso obstáculo alguno y el conde Juan no se opuso; el proyecto no le desagradaba, pues su hijo tenía necesidad de cambiar de aires.

Jacobo se marchó sin sentir más que separarse de Bella, pero se escribían sin cesar, y el día en que el joven escribió á su amiga la primera carta en inglés, fué para él de los más memorables.

Todos los años, en el mes de julio, volvía á Valroy, y el segundo, tuvo la feliz sorpresa de encontrar grandes cambios; en su ausencia, los intransigentes habían transigido y los irreconciliables se habían conciliado; Carmesy y Valroy se daban la mano; su padre parecía contento y su madre gozaba de mejor salud. ¿Cómo había sucedido esto? El invierno anterior y en una mañana de terrible helada, la marquesa Adelaida llegó á Reteuil á pie, sola y envuelta en una gran piel, y se hizo anunciar.

—¿Usted, á esta hora y con este frío? ¿Qué hay?, exclamó la castellana, alarmada al verla, pues realmente se necesitaba una causa grave para hacer salir á una mujer delicada con aquella nieve endurecida; pero Adelaida no era una mujer ordinaria.

La marquesa sacudió su abrigo de piel, en la que seguían agarrados los témpanos de hielo, y respondió: —No hay nada..., sino que hace fresco.

La de Reteuil, más tranquila, se echó á reír.

—¿Fresco, eh? Sí, con diez grados bajo cero... ¿De modo que es una simple visita de amistad?..

—De amistad, sí... Pero, más que visita, es un paso que doy para serle á usted útil...

La buena señora se alarmó de nuevo.

—Hable usted pronto; ya ve usted cómo hay algo.

—Sí, algo hay; pues bien, yo no sé expresarme bien y digo las cosas de prisa. Mi marido tiene amigos en París que conocen al conde... El Sr. de Valroy está en camino de la ruina...

—¿Eh?.. ¿Qué me está usted diciendo?.. ¡Juan!.. Después de todo, es posible. El vivir en París cuesta caro, y más cuando se vive de cierta manera... ¿Y qué hay que hacer?

—Mi marido cree que podría ser útil á usted y á su yerno..., si éste quiere. Si mi marido lo propone, es por usted, que es una buena amiga, y no por él, que no es nada simpático.

La anciana reflexionaba y una serie de observaciones recientemente hechas corroboraban las afirmaciones de Adelaida. Al cabo de unos instantes respondió:

—Hija mía, me alarma usted mucho y no sé qué hacer. Entre Juan y yo, sin haber enfado, reina cierta frialdad. No me hace confidencias y debo confesar que yo tampoco le consulto... ¿Tengo el derecho..., el deber?.. Voy á pensarlo.

—Piénselo usted, dijo la irlandesa de Australia. Y después de su vigoroso apretón de manos de costumbre, dejó á su anciana amiga.

La de Reteuil se quedó preocupada, pero profundamente agradecida por aquel paso dado en aquella mañana lúgubre, en la que los pájaros se morían de frío en los huecos de los árboles.

Unos días después, el conde Juan volvió á encerrarse en Valroy á pesar de la estación. Nunca su humor había sido más sombrío, y estaba abatido de tal modo, que todos á su alrededor tuvieron que echarlo de ver. La de Reteuil se atrevió á forzar la consigna que cerraba su puerta, y penetró en su cuarto.

Le encontró caído en un sillón delante de una mesa cubierta de papeles, en los que había largas columnas de números. Era la confesión.

Vencido y agotado su orgullo, Juan recibió á aquella suegra intrépida, á pesar de la audacia de su entrada, con un gesto de quebrantada dulzura y una voz sin cólera y más bien dolorosa.

—¿Qué desea usted, señora?.. Dispénsame usted... No estoy bueno... Una jaqueca persistente..., desde hace tres días...

—Juan, respondió la de Reteuil, aunque entre usted y mi hija se haya roto todo lazo desde hace mucho tiempo, y aunque usted no me haya tenido nunca gran cariño, no soy su enemiga. ¿Lo cree usted?

Juan hizo un gesto de afirmación indiferente y dijo:

—Es usted demasiado buena para ser enemiga de alguien:., acaso al contrario...

Se calló, no creyendo que tenía ya derecho para vituperar á nadie.

La anciana continuó, sin querer comprender:

—Voy á sorprenderle á usted, pero sé de dónde viene esa jaqueca de angustia y de preocupación... Juan, parece que ha hecho usted en París operaciones desastrosas y que se ha dejado engañar y hasta robar. En una palabra, á estas horas Valroy está en peligro y su fortuna de usted más que amenazada.

Juan se levantó bruscamente y la fiebre de sus ojos aumentó.

—¿Quién le ha dicho á usted?.. ¿Quién la ha enterado tan bien?

—¿Qué importa, puesto que confiesa usted que es verdad? Ha debido usted decírmelo antes en confianza, y acaso se hubiera ahorrado la mitad del mal.

Juan la miró, sorprendido por aquella magnanimidad. La creía frívola y sin seriedad, siempre ocupada de sus placeres ó de alguna chochez, y se revelaba buena, digna é indulgente y hablaba como amiga.

Y Juan, que hacía años guardaba secretos que le roían el corazón y se creía solo á la hora del naufragio, se conmovió hasta la medula de los huesos por aquella voz caritativa y aquellas palabras dulces. Quiso darle las gracias, pero ella le contuvo con un ademán.

—No hablemos de eso... Hay alguien que cree poder serle á usted útil y que se ofrece. ¿Acepta usted su concurso, sin saber de dónde viene y con toda confianza? El interés que yo le manifiesto debe ser su única garantía.

—¿Alguien se ofrece?, murmuró el conde, que no era ya capaz de rebelión ni siquiera de resistencia. ¿Es Carmesy, verdad?

—El mismo.

Juan vacilaba, sin embargo.

—Señora, he visto mucha gente en estos últimos años y he encontrado pocas personas desinteresadas y muchos falsos amigos. ¿No cree usted que los suyos?..

La anciana le interrumpió:

—No, no temo nada. Esos son seguros. Se los calumnian porque son pobres, pero nadie ha podido presentar una prueba. En fin, estando usted ahora cierto de mi ayuda efectiva, si hay necesidad —y recalco esta última frase— ¿quiere usted aceptar que el marqués de Ollencourt le hable una hora?.. Es hombre de buen consejo y que, según parece, conoce á las personas que le han engañado á usted. Su opinión debe ser oída; eso no compromete á nada.

Juan se entregó.

—Estoy en ese estado de desesperación en que el ahogado se agarraría á un clavo ardiendo. No discuto, pues... Que venga el marqués; le recibiré, hablaremos, y el porvenir dirá quién tenía razón.

El marqués fué, en efecto, y en diez minutos volvió al conde de Valroy como un guante.

Aquel diablo de hombre tenía realmente un encanto irresistible cuando quería, y jugaba con las almas maravillosamente. En diez minutos, pues, conquistó á Juan, el cual, sin saber por qué, á las cuatro frases

cambiadas no dudaba ya de él y le abría su corazón.

A todas sus confidencias, Godofredo, que le oía con atención, respondía moviendo la cabeza: «Sí, ya sé, ya sé...»

Y sabía, en efecto, como lo había probado desde el comienzo de la conversación citando nombres, fechas y hechos.

El marqués salió del castillo acompañado hasta el camino por el conde Juan metamorfoseado y lleno de confianza. Las últimas palabras de Carmesy le tranquilizaron aún más.

—Es claro que ha sido usted robado como se robaba en este bosque en los buenos tiempos de mis antepasados..., pero todo puede arreglarse. Permita á un viejo camastrón decirle que no entiende nada de negocios. Se ve que han abusado... Pero ahora el juego va á cambiar, ya que quiere usted encargarme de su defensa.

Aquí Godofredo hizo una pausa, miró bien de frente á su interlocutor y añadió:

—Usted se pregunta, acaso, de dónde viene mi interés...

El conde, á quien estas palabras acababan de hacer caer en sus antiguas vacilaciones, hizo un gesto vago que no significaba nada; pero el marqués continuó:

—Mi interés es muy natural. Nuestros hijos se aman; mi hija no tiene nada más que sus pergaminos, pero éstos valen tanto como sus dos castillos de usted y las propiedades que los rodean. ¿Estamos convenidos?

Juan dió las dos manos á Godofredo y respiró profundamente, como si le hubieran quitado un peso del pecho. Ahora podía creer y dejar mecér su descuido en una confianza sin límites; había una razón y era plausible. Los Carmesy querían «encajar» su hija á Jacobo, el cual no pedía otra cosa. ¿Con qué derecho y con qué motivo iba él á rehusar?

En tales condiciones, era natural y explicable que el marqués, ducho en los negocios, tratase de defender lo que consideraba como los futuros bienes de sus hijos. No había ya ni una nube.

A consecuencia de lo cual se establecieron entre las dos casas unas relaciones cordiales primero é íntimas después. En cuanto á Reteuil, hacía mucho tiempo que estaba conquistado.

En verdad, el marqués desplegó inmediatamente la mayor actividad en el servicio de su amigo. No se veía más que á él en el ferrocarril entre París y la estación de la comarca. Juan, dichoso de dejar hacer y de olvidar las cifras, se dormía en su tierra, donde, por otra parte, ya no se aburría.

Después del marqués había venido la marquesa y había realizado por su parte un milagro más asombroso todavía. Había despertado á la condesa Antonieta de su eterno sopor, y por un extraño caso de magnetismo ó de sugestión, la había obligado á vivir, á volver á la luz y al ruido, sin frascos en la mano ni jeringa de Pravaz en el bolsillo.

La había resucitado, galvanizado y acaso exorcizado; y aquella semidemente, convertida en lúcida, había vuelto á ponerse en contacto con los que la rodeaban y reconocido á los suyos.

La antigua criada de dura fisonomía, guardadora de las tradiciones, quiso protestar; pero Adelaida obtuvo que la pusieran en la puerta. Después de tal victoria, era evidente que lo podía intentar todo.

Por otra parte, la condesa, como su madre, no podía ya pasarse sin Adelaida, y así lo confesaba. También había concebido una gran pasión por Bella.

Desde entonces, no se separaban, y como las reuniones eran en Valroy, pues Antonieta no podía aún andar por su pie, Juan, que seguía impresionable á pesar de sus cuarenta y dos años y se divertía con aquel roce continuo de faldas, cabelleras y mujeres excéntricas, empezó una nueva existencia entre Adelaida y Arabela, sin saber cuál de las dos le interesaba más.

La condesa, rejuvenecida y vivificada, le mostraba una amabilidad desconocida hasta entonces. No sabía nada de aquellos apuros de dinero; pues, por un acuerdo tácito, le ahorraban una revelación que hubiera podido hacerle caer en sus antiguos males.

Ya que renacía, había que dejarla renacer. Había rechazado sus visiones habituales y se dejaba llevar de sueños de un porvenir dichoso, olvidando el atavismo y sus amenazas y sin pensar ya en aquella muerte trágica que por tanto tiempo había creído suspendida sobre la cabeza de su hijo.

En otro tiempo le temía y le apartaba por esta causa; pero ahora que le veía de lejos surcando los mares y corriendo todos los días algún peligro, por un raro capricho mental y una extraña contradicción tenía confianza en su destino y le consagraba, á través del espacio, un nuevo cariño depurado de preocupaciones.

(Se continuará.)



D. SECUNDINO ESNAOLA, director del Orfeón Donostiarra, de San Sebastián, que ha obtenido el gran premio de 10.000 francos en el concurso de orfeones organizado por el diario *Le Journal*, de París. (De fotografía de Frederic.)

EL ORFEÓN DONOSTIARRA

DE SAN SEBASTIÁN EN PARÍS

Organizado por el periódico parisien-
se *Le Journal* se ha celebrado recien-
tamente en la capital de Francia un
concurso internacional de bandas, cha-
rangas y orfeones, de cuya importancia
puede formarse idea teniendo en cuen-
ta que en él han tomado parte más de
300 entidades musicales, no sólo de
Francia, sino también del extranjero, y
que la cantidad destinada á premios
ascendía á 50.000 francos. Las más fa-
mosas sociedades corales francesas, bel-
gas y alemanas acudieron al concurso;
á él acudió también el Orfeón Donos-
tiarra, de San Sebastián, y después de
reñidas pruebas, ha vencido en toda la línea este úl-
timo, dirigido por D. Secundino Esnaola, obteniendo
la mayor recompensa, el gran premio de 10.000 fran-
cos, y siendo su presidente D. Elicio Irigoyen conde-
corado con las palmas de oficial de Academia.

En honor de los concursantes celebráronse el día



ESTANDARTE DEL ORFEÓN DONOSTIARRA
(De fotografía de Frederic.)

4 de este mes una hermosa fiesta en el jardín de las Tullerías, una recepción grandiosa en el Hotel de Ville y un solemne banquete.

Desde mucho antes del mediodía, una multitud inmensa llenaba el citado jardín, en el que se había reservado un sitio especial para las 300 sociedades; á la una penetraron éstas en el parque, siendo aclama-

Municipal—en nombre del jurado de que tengo el honor de formar parte, en nombre de los orfeonistas cuyo decano soy, deseo deciros cuán orgullosos y agradecidos estamos al recibir vuestra hospitalidad en ese palacio, en donde habéis recibido á reyes y en donde ahora recibís á pueblos, pueblos vecinos y amigos. Gracias os doy también por la liberalidad que



SAN SEBASTIÁN. — ASPECTO DEL PUENTE DE MARÍA CRISTINA AL PASO DEL ORFEÓN DONOSTIARRA Á SU LLEGADA DE PARÍS
(De fotografía de Frederic.)

das con entusiasmo, y una hora después llegaron el ministro de Correos y Telégrafos M. Berard, en representación del gobierno, los miembros del Consejo Municipal, los individuos que constituían el jurado del concurso y el director y los redactores de *Le Journal*.

El ministro pronunció un discurso ensalzando la fiesta que se celebraba y luego procedió á distribuir las recompensas. Terminado este acto, desfilaron las sociedades, dirigiéndose al Hotel de Ville, entre los delirantes aplausos y ensordecedoras aclamaciones de la muchedumbre. Llegadas á la plaza en donde aquel palacio se alza, las diversas sociedades, con sus estandartes al frente, ocuparon los puestos que les habían sido señalados, mientras sus presidentes y la comitiva oficial entraban en el Hotel de Ville, que se hallaba artísticamente engalanado y en cuyo grandioso salón M. Morel, vicepresidente del Consejo Municipal, dió la bienvenida á todos los que habían tenido parte en el concurso y felicitó al diario que tan brillantemente lo había organizado. M. Autrand, secretario general de la Prefectura del Sena, habló en nombre del prefecto, pronunció un hermoso discurso, algunos de cuyos párrafos nos parece interesante reproducir:

«Mas no solamente perseguís un fin artístico; también ejercéis una influencia social y patriótica. Vuestros orquestas, vuestros orfeones, vuestras bandas se componen de asociados que aprovechan los cortos ocios de la vida de trabajo, de taller, de oficina, de los campos. Después de una jornada de labor, la música es para el espíritu lo que el rocío á la planta después de un día tórrido; reconforta y hace olvidar los rudos trabajos de la lucha por la existencia. El ensayo de la noche es la velada ocupada en una obra interesante; es para el padre de familia la economía realizada, es el contacto más frecuente entre los jóvenes, que aprenden á conocerse mejor; es una verdadera escuela de compañerismo y de fraternidad.

«Por esto vuestras sociedades son las asociaciones populares por excelencia. Ellas lanzan en vuestras ciudades sus acentos vibrantes y sus voces alegres; ellas ejecutan y cantan esas páginas musicales que nos cautivan, y en las poblaciones privadas de teatros y de conciertos revelan y popularizan las composiciones de maestros célebres ó las obras maestras de la música de todos los países.»

Hermoso fué también el discurso del presidente del Jurado, el eminente maestro Lorenzo de Rille: «Señor presidente—dijo dirigiéndose al del Consejo

habéis mostrado á la obra del orfeón; esa liberalidad, permitidme que os lo diga, no es una prodigalidad, sino una imposición de capital que la ciudad de París ha hecho al modo de una madre de familia, porque la ciudad de París ha comprendido que la obra del orfeón era no sólo una obra de instrucción pública, sino también una obra de educación popular.

«Nuestra lengua musical es universal, es una lengua de sentimiento que empieza allí donde la poesía acaba; expresa todos los sentimientos del alma humana que no pueden expresarse con la palabra.

«Lo que hoy importa no es atiborrar de conocimientos nuestro cerebro, sino elevar nuestros caracteres, formarlos, porque en la vida los caracteres pesan más que los conocimientos y la ciencia. Los conocimientos son el poder, pero el carácter es quien dirige el poder hacia el bien ó hacia el mal. El alma será encaminada hacia el bien si se la eleva hacia lo bello, detrás del que está lo verdadero, porque, como ha dicho Platón, «lo bello es el esplendor de lo verdadero.» Por esto esperamos que la población demostrará como vos un afecto potente hacia lo bello y que recogerá en todas partes el bien que habéis sembrado; fecunda será la cosecha que obtendréis.»

Terminados los discursos, los concurrentes al acto fueron obsequiados con un *lunch* y luego hubo un brillante desfile de todas las sociedades, que con sus estandartes y al son de las bandas de trompas y trompetas y de las charangas formaban un conjunto en extremo animado y pintoresco.

Por la noche, celebróse en honor del Consejo municipal, de los miembros del jurado y de los presidentes de las sociedades un banquete en el que pronunciaron elocuentes brindis el director de *El Journal*, el jefe de gabinete del ministerio de Comercio, el concejal M. Tantet, un delegado de las sociedades suizas, M. Deville, en nombre de la Comisión de Bellas Artes, y otros. Todos dedicaron encomiásticos elogios al concurso que se había celebrado y á las sociedades que en él habían tomado parte, aplaudiendo la iniciativa del periódico que lo había organizado y alabando la obra de cultura que realizan los que dedican sus esfuerzos á la propagación de la música entre las clases populares.

El triunfo del Orfeón Donostiarra causó satisfacción inmensa en San Sebastián, cuya población en masa hizo un recibimiento entusiasta á los orfeonistas á su regreso de París, organizando en su honor una manifestación grandiosa y saludándoles con aplausos y aclamaciones delirantes.—M.

D. CASIMIRO PRIETO Y VALDÉS

El 13 del mes de marzo último dejó de existir en esta capital el notable cuanto fecundo y humorístico escritor D. Casimiro Prieto y Valdés, regocijo y alegría de cuantos tuvieron la dicha de leer la variada producción del popular y aplaudido literato catalán, con residencia continuada de más de cuarenta años en la ciudad de Buenos Aires.

Nació D. Casimiro, como familiarmente le llamábamos, el día 27 de octubre de 1847 en la noble y culta ciudad de Reus, siendo sus padres don Casimiro Prieto y D.^a Josefa de Valdés; habiendo tenido la dicha de ser alumno del célebre pedagogo D. Alejandro García, que también fué maestro del gran artista D. Mariano Fortuny, del gran político el eminente general D. Juan Prim y de tantas otras personalidades que más tarde han descollado notablemente en letras, artes y ciencias.

Desde muy joven el Sr. Prieto y Valdés demostró sus gustos, tendencias y aptitudes para la literatura y el periodismo, redactando cuando apenas contaba 19 años, conjuntamente con Joaquín M.^a Bartrina y Martí Folguera, un periódico que se llamó *El Crepúsculo*, en el que publicó una novela titulada *Pilar*, ilustrada por Llorens.

Cuando se vió exento del servicio militar por su enfermedad en la vista, embarcóse el 12 de octubre de 1867 á bordo de un buque de vela llamado *Joven Joaquín*, que zarpaba del puerto de Tarragona con rumbo al Río de la Plata.

Ya en Buenos Aires, ingresó en la redacción del diario *España*, dirigido por D. Benito Hortelano. Luego pasó á la de *La Nación Argentina*, que en aquel tiempo dirigía el gran poeta y literato argentino, de fama universal, D. José M.^a Gutiérrez. En ese diario que después adquirió el general D. Bartolomé Mitre y que acortó el título hasta quedar *La Nación*, de grande y feliz existencia todavía, permaneció la friolera de trece años consecutivos tenien-



D. CASIMIRO PRIETO Y VALDÉS, notable escritor catalán fallecido en 13 de marzo último en Buenos Aires. (De fotografía de Freitas y Castillo.)

do á su cargo distintas secciones; pero la más célebre fué la titulada *Conversación*, que refundía y comentaba

con mucha gracia y sal los principales acontecimientos del día, firmando los amenísimos artículos con el seudónimo Aben-Xoar.

En compañía del gran político D. Nicolás Avellaneda redactó otro diario apoyando la candidatura de dicho señor para la presidencia de la República.

Por la misma época redactó en *La Prensa* una sección de igual índole.

En 1876 escribió con el famoso Villergas el no menos famoso semanario satírico *Antón Perulero*, todavía de regocijada memoria; en 1888 fundó con Rafael Carrillo y Ricardo Conde Salgado el diario *La Prensa Española*.

Además colaboró en *El Correo Español*, *El Nacional*, *El Sud-América*, *Unión Argentina*, *El Sud-Americano*, *La Ilustración Sud-Americana*, *Pluma y Lápiz*, *Caras y Caretas*, y en infinidad de revistas americanas y españolas.

En 1877 empezó á publicar el almanaque *Sud-Americano*, que continuó año tras año hasta 1902, en que desapareció por fracasos financieros sufridos por los editores.

Casimiro Prieto y Valdés también escribió para el teatro, siendo sus obras representadas con éxito.

También desempeñó gran papel en la administración pública del país, ocupando el puesto de oficial en la oficina del Censo Escolar, siendo secretario del departamento de Estadística y últimamente jefe de sección en la Dirección General de Estadística.

Aquí formó su hogar, dejando numerosa familia amante y respetada.

D. Casimiro Prieto y Valdés, el fecundo escritor el infatigable artista de la pluma, nuestro estimado paisano, ha muerto lejos de su amada Cataluña, bajando á la tumba á los 60 años querido y llorado de los argentinos y de toda la colonia española.

¡Que descanse en paz el cuerpo en la tierra y su alma goce de la inmortalidad y de la gloria eterna! Buenos Aires, abril de 1906. JUSTO SOLSONA.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Disenterias*, etc. Da nueva vida

Frasco. 5 fr. en Perle

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

St-Denis

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

PILULES de BLANCARD

EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

PILULES de BLANCARD al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

DEPÓSITO: BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á LAS SENORAS

EL APIOL DE LOS JORET HOMOLLE

CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS 165, Rue St-Honoré, 165 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

65 AÑOS DE ÉXITO

FUERA de CONCURSO PARIS 1900

GRAN PREMIO, Saint-Louis 1904

Alcohol de Menta de

RICQLÈS

(EL ÚNICO VERDADERO ALCOHOL de MENTA)

CALMA la SED, SANEA el AGUA

Contra el **VÓMITO**, Dolor de **CABEZA**, **INDIGESTION COLERINA**

AGUA de **TOCADOR** y **DENTÍFRICO** esquisito

PRESERVATIVO contra las **EPIDEMIAS**

Pedir el **RICQLÈS**

De venta en las **PERFUMERIAS, FARMACIAS y DROGUERIAS.**

ROB

BOYVEAU-LAFFECTEUR

Célebre Depurativo Vegetal

EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO

Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico, Sucesor de BOYVEAU-LAFFECTEUR. Calle Richelleu, 102, París y todas farmacias.

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa *Bescherelle, Littré, Salvé* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes, idiotismos, el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: 55 pesetas.

Montaner y Simón, editores. — Aragon, 309 y 311. Barcelona

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

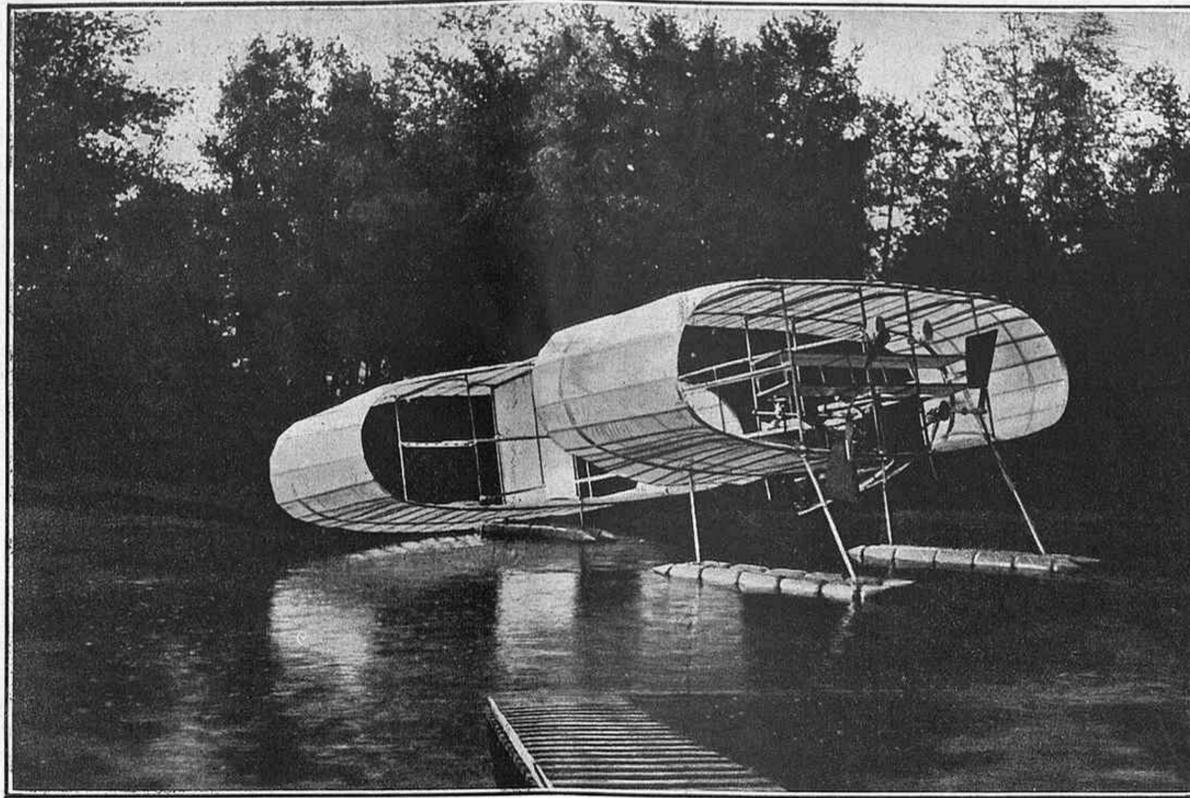
por autores ó editores

FUERA DE COMBATE, por *Alejandro Larrubiera*. — Interesante novela de costumbres madrileñas. Un tomo de 284 páginas con una portada de Pedrero, editado en Madrid por Sáenz de Jubera, hermanos. Precio, tres pesetas.

CEL QUE S' OBRE, comedia en un acto de *R. Sürinach Sentles*. — Estrenada con gran éxito en el teatro Principal de esta ciudad en 12 de mayo último; impresa en Barcelona por Fidel Giró. Precio, una peseta.

LA EDUCACIÓN FUNDADA EN LA CIENCIA, por *C. A. Laisant*; traducción de *Eusebio Heras*. — Un tomo de 240 páginas con un prólogo de Alfredo Naquel, editado en Barcelona por D. Ramón de S. N. Araluce, é impreso en la imprenta de Pedro Ortega. Precio, tres pesetas.

LEYENDA DE LA ALHAMBRA, por *Washington Irving*, traducción de *Augusto Muro*. — Un tomo de 92 páginas que forma parte de la biblioteca de Autores célebres que edita en Barcelona D. Olegario Salvatella. Precio, 60 céntimos.



NUEVO AEROPLANO BLERIOT, ensayado en el lago de Enghien-les-Bains. (De fotografía de M. Rol y C.^{as})

El hábil constructor de aparatos más pesados que el aire M. Blériot, ha terminado uno nuevo que por sus disposiciones y por sus grandes dimensiones permite fundar grandes esperanzas en sus buenos resultados. Los planos horizontales que hasta ahora se habían utilizado han sido redondeados y reunidos para describir inmensas elipses, de unos ocho metros de mayor diámetro, que asegurarán toda la estabilidad deseable. El aviador M. Voisin, colaborador de M. Blériot, se coloca en el centro del marco entre las dos grandes elipses. El aparato va montado sobre dos flotadores y el lanzamiento se efectúa en el agua, mediante una canoa automóvil que da la velocidad necesaria para elevar esa cometa de nuevo género, dejándolo luego en libertad. Los ensayos se han realizado en el lago de Enghien-les-Bains, sitio tan conocido de los parisienses.

IDEARIUM ESPAÑOL, por *Angel Ganivet*. — Libro en que se plantean los más grandes problemas de la política, de la literatura, del arte, de la ciencia, del trabajo y, en suma, de la vida española, estudiados con el claro y elevado criterio que caracterizaba al célebre y malogrado filósofo y literato granadino. Un tomo de 164 páginas, editado por «El Defensor de Granada.» Precio, 2'50 pesetas.

RIENZI, de *Ricardo Wagner*, traducción catalana adaptada á la música por *Javier Viura y Joaquín Pena*. Un tomo de 98 páginas, publicado en Barcelona por la Asociación Wagneriana é impreso en la imprenta de Fidel Giró. Precio, 1'50 pesetas.

DICCIONARIO SALVAT. — Se han publicado los cuadernos 39 á 43 que comprenden hasta la palabra Borton y van ilustrados con grabados intercalados en el texto, láminas sueltas y un mapa de Canarias.

NOVELAS PICARESCAS. — Un tomo de 208 páginas, que forma parte de la Biblioteca Diamante, editada en Barcelona por D. Antonio López, y que contiene *Lazarillo de Tormes* y *Rinconete y Cortadillo*, precedidas de un prólogo de J. Givanel y Mas. Precio, dos reales.

Dentición JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub^s St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

HARINA LACTEADA NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR

DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN

y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.

MARCA DE FABRICA
REGISTRADA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

◀ ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE ▶
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Clorosis, Anemia profunda, Malaria,
Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILVORE. DUSSER, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN